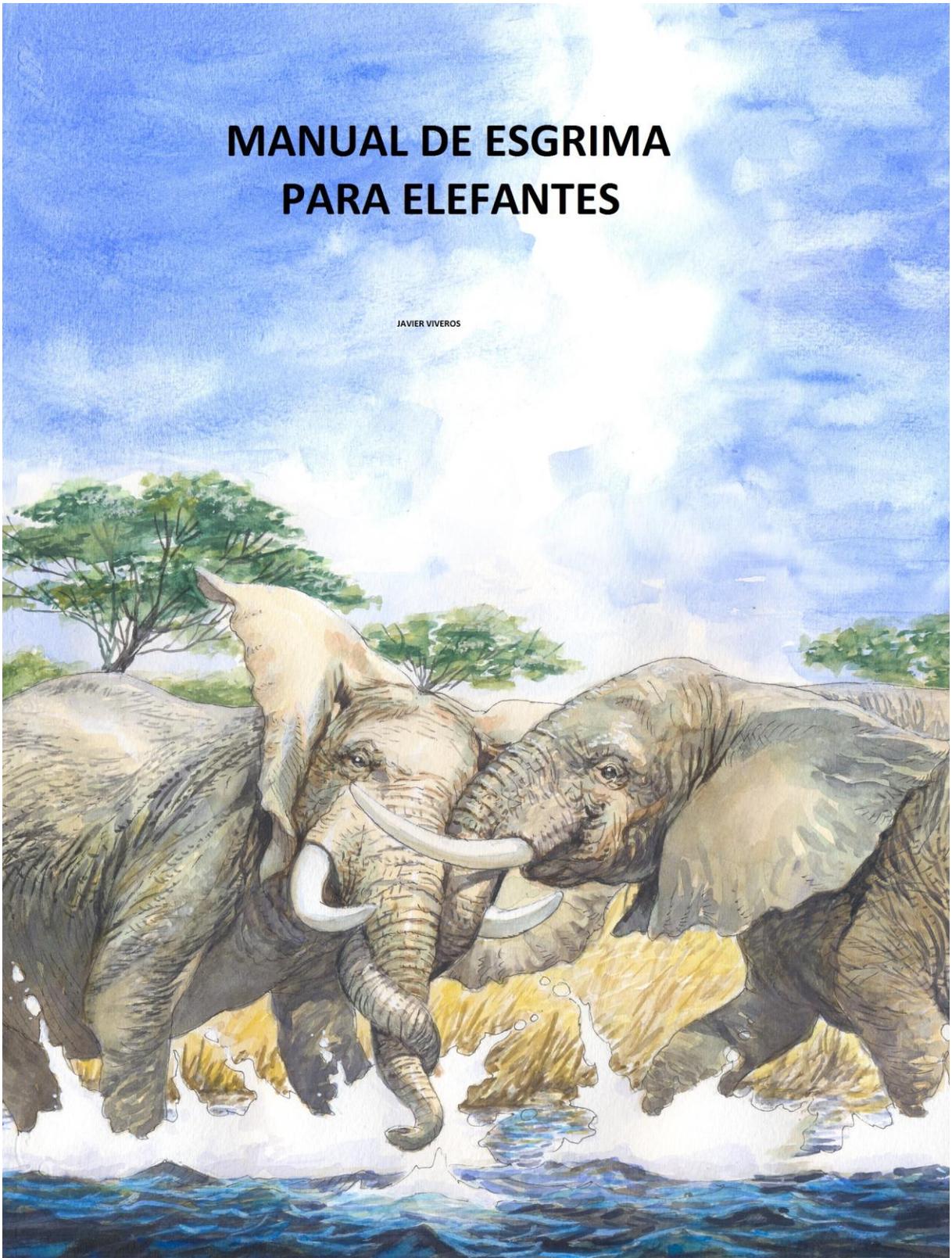


MANUAL DE ESGRIMA PARA ELEFANTES

Javier Viveros
jviveros@gmail.com

MANUAL DE ESGRIMA PARA ELEFANTES

JAVIER VIVEROS



*Para mi hija Alexa,
en quien estudian resplandor los soles.*

DÉJÀ VU[DÚ]

Para Chester Swann

Soy huraño, debo decirlo. Si bien no llego a la misantropía, me gusta demasiado la soledad. En un carácter así, la niñez tiene siempre algo que ver. Recuerdo la mía sin nostalgia. Me veo creciendo bajo la luna del escaso contacto con mis padres. No extraño en lo absoluto aquella época cincelada al mandato de institutrices anacrónicas e invariablemente despóticas, que eran un verdadero solecismo contra la infancia. Los otros niños eran para mí planetas que danzaban alrededor de estrellas que no eran la mía.

Podría decirse que, a pesar de todo, aquello me ha servido. Ahora que soy adulto y llevo dos décadas metido en el mercado laboral, lo de ser un solitario es como parte de mi uniforme. Una parte importante. Mi trabajo como auditor externo para una poderosa empresa europea de televisión, me ha llevado a recorrer en profundidad el continente africano. Laboralmente, me sirve mucho esa incapacidad de construir lazos con los otros. Soy un auditor, un planeta retrógrado, sulquívagante iceberg de oficinas. Mi labor es visitar las sucursales para controlar el trabajo ajeno y por eso siempre las miradas se cargan de recelo cuando no de un indisimulado desprecio. No pocas veces oí aquello de que el auditor es alguien que llega después de la batalla a patear a los heridos. A todos los países donde soy enviado como mercenario para buscar trampas en los sistemas, voy siempre acompañado de un rostro marcial, impenetrable. *Mister-no-friends*, me apodaron en Sudáfrica. En Senegal, *Kou doul reee*, el que no ríe, o algo así. Debido a las numerosas sospechas de fraude contra la compañía, me ordenaron que visitara con urgencia la sucursal de Ghana, tenía que realizar la auditoría tanto informática como contable. Menudo trabajo. Y para nada enternecedor.

En el aeropuerto de Ámsterdam, en la fila de embarque de la aerolínea KLM, coincidí con quien era el gerente de infraestructura de la sucursal que me dirigía a auditar, un chileno acribillado de pecas, código Morse en sus brazos y cara. Ambos íbamos a Ghana y terminamos compartiendo asientos contiguos. Fue él quien me enteró de todo. Me comentó que estaban con nuevo gerente general, porque el CEO anterior había renunciado "luego de lo que pasó". Yo sabía que el gerente de quien me hablaba era un paraguayo como yo, sabía que no era apreciado por la gente de ese país africano: su despotismo, megalomanía y su permanente estado de grito tenían no poco que ver en ello. Algo más sabía de él. Me habían comentado que procedía de una familia bien conectada con la dictadura de Stroessner. Me bastaba esa información para conocerlo

por entero. Era el típico sujeto que cruzaba un semáforo en rojo y al ser detenido por un oficial de tránsito gritaba: ¡no sabés con quién te estás metiendo, pendejo! Se llamaba Carlos Caseros, y había llegado a matrimoniar esos dos perniciosos demonios: ignorancia y poder.

El chileno me contó que una mañana, a la salida de su casa, al incinerable Caseros lo habían, efectivamente, incinerado. Lo rociaron con *akpeteshie*, una bebida alcohólica casera destilada del vino de palmera, y le prendieron fuego. Los autores del hecho eran locales y "probablemente ashantis", según la criada que algo alcanzó a ver. Fueron dos, uno de ellos lo bañó con un balde repleto de la inflamable bebida y el otro le arrojó un fósforo. Huyeron después, en medio de risas de alegría y los gritos de dolor del déspota en su hora más negra. Una buena golpiza hubiera sido suficiente, pensé. Fuenteovejuna, Fuenteovejuna, me repetí. Había sufrido quemaduras de tercer grado. La cosa era grave. Luego de recibir los primeros tratamientos en Accra abandonó el país y terminó en un hospital de Asunción. El día de su partida, la empresa fue una tácita fiesta, agregó el chileno, y a partir de ahí los números florecieron. Esos mismos números que me tocaba auditar. Al ser también paraguaya mi nacionalidad, me causó temor la noticia, porque estaba destinado a pasar un mes en ese país. Temía que malinterpretaran mi poca capacidad de relacionamiento, que la conectaran con la soberbia del anterior gerente y que quisieran también tomar represalias. La timidez y el amor a la soledad tenían que quedar de lado si quería sobrevivir al período que se venía. Era imperativo ser más sociable, abandonar el caparazón. Me dije a mí mismo que eso haría, no quería que heredaran en mí el odio hacia mi compatriota, el del ego ahora carbonizado.

Fue esa la principal razón por la que trabé amistad con el chofer que me asignaron. Mawusi, que era de la tribu ewe, debía pasar a buscarme al *guesthouse* de la empresa cada mañana. Me tenía que llevar a almorzar al mediodía y de vuelta a la casa una vez terminada la jornada laboral, o a algún restaurante para ir a cenar. Digo esto para dejar constancia de que lo veía varias veces al día y podía conversar bastante con él: su energía y locuacidad eran aluvionantes. Mi idea era sencilla: trabando amistad con un local, la gente de la empresa seguramente iba a reprimir sus impulsos piromaniacos hacia mi persona. Me di cuenta pronto de que Mawusi era muy creyente; crédulo, más bien. Le pregunté cosas sobre la cultura de su tribu. Me contó que si uno se casaba con una joven sin el consentimiento de sus padres, y esta llegaba a morir, el marido debía entregar el cuerpo a sus familiares y estos tenían el derecho de obligarlo a desposar al cadáver. "Ahora sí te autorizamos a casarte con ella, aprobamos el matrimonio". Debía seguirse todo el proceso. El viudo tenía que comprar el vestido y el anillo, tenía que pasar una noche con su prometida en el lecho nupcial y al día siguiente se celebraba la unión matrimonial. Solo entonces los padres aceptaban el cuerpo de su

hija y se podía proceder al entierro. Me dio a entender además que a veces eran los mismos padres quienes pagaban hechizos para que la hija rebelde muriera. La crueldad tiene corazón humano.

Me contó también que cuando el marido muere, la mujer está obligada a lavar el cadáver y beber un vaso del agua resultante del procedimiento. Si sobrevive una semana, significa que no fue ella la asesina, por lo que es apta para ser desposada por el hermano del marido, si este así lo quisiera. Le pregunté qué le parecían esas cosas y me dijo que estaban bien, que eran parte de la "ley natural". Mawusi creía que su cultura era la normal y universal. Me enteré también de otras costumbres y creencias de su natal Región del Volta. Supe que allí los hombres mandan lanzar hechizos sobre sus mujeres para que estas no los engañen o que sufran si es que lo hacen. La supuesta magia podía, por ejemplo, lograr que la mujer adúltera quedara fusionada al amante por vía genital, si incurriera en el engaño. Muchas cosas más contó Mawusi y no me atreví a argumentarle en contra. Su convicción era granítica y ¿quién era yo para venir a desordenarle el tablero mental?

Hay un fuerte componente químico en las relaciones humanas, se entabla la amistad rápidamente con algunos mientras que con otros sentimos una inmediata repulsión o preferencia de lejanía, para usar términos menos incorrectos políticamente. Era grande la calidad humana de Mawusi, la soberbia y arrogancia no tenían cabida en él. Solo le noté cierto orgullo infantil aquella vez en que aseguró ser pariente de Kwame Nkrumah-Acheampong, más conocido como "El Leopardo de las Nieves", el único esquiador que dio Ghana y que llegó incluso a participar de los Juegos Olímpicos de Invierno, en Vancouver 2010. Parecía un oxímoron, esquiador ghanés, país donde jamás ha caído un copo de nieve; pensé en eso y recordé un haiku de Bashō que, en mi contexto mental, me pareció racista. Pero esa era otra historia, ciertamente no me estaba resultando nada mal esto de la amistad, aunque en mi caso fuera una amistad utilitaria. Mawusi, oscuro escudo contra el fuego, mi africano traje de asbesto. Debo, sin embargo, reconocer que mi cercanía era también científica, me interesaba sobremanera hacer una suerte de lectura antropológica de sus creencias, estudiar el modo en que ciegameamente bañaba de veracidad lo que se le enseñó de pequeño. La cultura es la materia de la que estamos hechos. Es demasiado difícil sustraerse a ella y enfocarla racionalmente desde afuera: mirar la Tierra desde la Luna. Los viajes son de gran utilidad para ello. Sobre todo los que tienen como destino otros continentes, viajes a países cuya cultura es por completo diferente a la de uno, donde hay maneras distintas de descifrar la penumbra de la realidad y el cerebro funciona bajo otros parámetros.

Una noche acompañé a Mawusi a su casa. Al llegar, abrió la puerta su esposa Áfua, nos saludamos y enseguida invitó a que pasáramos a la mesa, donde ya aguardaba la deliciosa cena: *grasscutter*, con *banku* y plátano frito. La pasé muy bien con

ellos, un poco incómodo tal vez por ese halo de reverencia con la que esa gente suele envolver a los extranjeros, sobre todo si visten piel blanca. Pero bien, la pasé de lo mejor. Hablamos de todo, me preguntaron cosas de Paraguay y yo les pregunté cosas de la Región del Volta, quería oírlos. Me hablaron de sus planes para el futuro cercano, la ampliación de la casita, la lista de nombres probables para el primogénito. Fue una agradable reunión que vivirá por siempre en mi memoria, porque pude sentir que había como una genuina hermandad entre los seres humanos.

Había concluido mi trabajo de auditoría, por lo que Mawusi me llevó a Kotoka, el aeropuerto de Accra. Nos dimos un cálido apretón de manos como despedida. Mi pasaporte fue adquiriendo los sellos de entrada y las visas para Tanzania, Chad, Sierra Leona y Congo. Luego de cinco meses tuve que regresar a Accra. En el aeropuerto, me esperaba otra vez Mawusi, pero era otro, lucía flaco como un masái. Quiero que me retornen al anterior, devuélvanme al Mawusi eléctrico y locuaz. Me lo han cambiado por uno triste, sombra y piltrafa del que antes irradiaba energía. ¿El porqué? Áfua había muerto, una enfermedad la demolió por entero en menos de una semana. La enterraron el día anterior al de mi llegada. Me siento como alguien que está parado en la playa y a quien las olas van hundiendo de a poco, socavando las arenas de debajo de sus pies, me dijo Mawusi en el único roce con la poesía que le oí alguna vez. Agregó que las horas eran para él como las olas que lo iban enterrando cada vez más, desde que Áfua murió. En lo que restaba del camino al *guesthouse* no cruzamos palabras.

Al siguiente amanecer, vino a buscarme para ir a la oficina. Mawusi estaba con otro brillo en sus ojos, me contó que había visto una nube con forma de no sé qué símbolo *adinkra* divino y aseguró también tener la solución. Me dijo que si le daba libre el fin de semana visitaría a un brujo que podía “resolver lo de Áfua”. Me dio mucha pena, se lo veía trastornado. En las tragedias o en los momentos de trance —como el que Mawusi estaba atravesando— uno suele prestar mayor crédito a las supercherías, es un estado propicio para ver dioses y vírgenes llorosas en las manchas de humedad. Un elemento que sí puede contar es el poder modificador de la realidad que tiene la mente humana. Yo siempre he creído en eso, que fabricamos nuestra realidad, somos verdaderamente los arquitectos de nuestro destino. Así como nos vemos a nosotros mismos nos verán los demás, y del mismo modo nuestro cerebro puede proyectarse futuros brillantes o presentes ruinosos. Aunque parece parte de esos horrorosos textos de autoayuda, me parecía factible. Todo está en la mente. Pero de ahí a creer en la efectividad de los brujos y hechizos había un gran trecho, Mawusi confiaba ciegamente en esas prácticas que para mí nunca fueron más que una enfermedad mental, una contagiosa enfermedad mental, como lo son todas las religiones.

Me pareció que ayudándolo podría hacer caer al gigante con pies de barro de sus creencias, desmalezar su cabeza. Recién era miércoles, así que para no esperar a que

llegara el fin de semana, en lugar de ir a la oficina, le dije que enfiláramos hacia la casa del mago, *jujuman* o brujo vudú de su predilección. Brillante relámpago de gratitud en sus ojos. Aceleró con ganas. El cinturón de seguridad estaba firme. Llegamos a una especie de templo posmoderno. Era una choza sobre la cual se erguía orgullosa la circunferencia metálica de una antena de DsTV. Entramos. El estafador estaba semidesnudo, descalzo y llevaba un sombrero donde no escaseaban las plumas ni los dientes de cuadrúpedos. Fiel al estereotipo, se apoyaba en un estrambótico bastón de hechicero. Me enojé al ver a Mawusi llenarlo de mil reverencias. Hablaban en una de las lenguas locales, por lo que nada pude entender de la conversación. De vez en cuando, el brujo miraba hacia mí. Tal vez podía leer mi escepticismo, mi desconfianza era palpable y seguramente acompañada de una mueca de desprecio. Al final, el brujo pareció aceptar el trabajo, cosa que pude concluir por la gratitud y las genuflexiones que alternó Mawusi, antes de que abandonáramos el recinto. Y bueno, me dije: un trozo de madera que flota en el agua no puede convertirse en cocodrilo.

En el camino de regreso, le pregunté qué era lo que había pasado. Él me miró y me dijo que tenía que esperar. Solo esperar. Y otra vez se abismó en un silencio glacial. Sumada a su tristeza, la mía extendió los dominios de la tristeza en el mundo. Mi chofer e inocentón amigo estaba destruido; el momento que le tocaba vivir potenciaba su fe en las charlatanerías. Me dije que el tiempo lo cura todo, sabía que dentro de un par de días se daría cuenta de que el brujo lo había engañado, pero con seguridad el charlatán le diría que algo salió mal, que tal vez él no tuvo la fe suficiente o alguno de esos versos que suelen emplear los farsantes, los que lucran con la ajena ignorancia. Recordé aquella frase de Tagore de que no hay cosa más difícil de soportar que la fe ciega del estúpido. Odié a Tagore en ese momento, pero sabía que tenía razón.

El resto del día lo pasé en la oficina, enfrentando otra vez números y más números. A la mañana siguiente desperté con una inquietante sensación que no podría describir con justeza. Era como un *déjà vu*, esa sensación de estar viviendo algo ya vivido, era como un *déjà vu* pero no exactamente un *déjà vu* sino una sensación que podía ser como el prólogo a un *déjà vu*, una sensación de *déjà vu* inminente. Era como un inquietante cosquilleo en la conciencia, sentía una alegre extrañeza como la que se experimenta al contemplar por primera vez un eclipse total de sol con sus misteriosas *shadow bands*. Estaba decidido a hacerme examinar la cabeza; se me antojó que el maldito brujo me había —*motu proprio*— enviado algún mal para castigar mi desconfianza. Eso lo pensé nada más por un rato y lo descarté con un ramalazo de raciocinio. La Ciencia me ha probado todo lo que me postuló, me habló de la gravedad y me habló de la inercia y allí estaban, las podía encontrar cuando quisiera repitiendo los experimentos. Lujo que no podían darse estos charlatanes de feria.

La sensación, sin embargo, se prolongó durante el resto del día. Terminada la jornada laboral, Mawusi insistió en que fuéramos a cenar a su casa. No lo quise incomodar con una negativa, a pesar de mi enorme cansancio. Otra vez aceleró como un enfermo de la velocidad, nuevamente revisé que el cinturón estuviera bien ajustado. Llegamos. Estacionó el vehículo en la calzada. Y a partir de ese momento todo lo hizo en cámara lenta. Pausa, Pausanias. Bajó el freno de mano. Apagó las luces. Subió las ventanillas. Giró la llave para detener el motor. Y como epílogo sonó dos veces la bocina. A continuación, sonrió y vi otra vez en sus ojos ese brillo que podía significar gratitud pero también otra cosa. Temí lo peor: que su dolor lo hubiera llevado finalmente a la locura. Decidí seguirle nada más la corriente. Sin ningún apuro, abandoné el vehículo, cerré la puerta y percibí el ruidito del bloqueo central cuando Mawusi le echó llave. Después, lentos como astronautas, nos dirigimos a la casa.

Y otra vez nos abrió la puerta Áfua.

LA LISTA

*Para Carlos Reinoso e Ignacio Reinoso,
padre e hijo, maquinarias de fierro.*

Supe de la lista un día en que escabiaba a lo loco, porrón tras porrón, con mi amigo el negro congolés en un boliche bastante copado de Kinshasa. El dorima de mi hermana mayor labura en esta ciudad como consultor en no sé qué curro de UNICEF y gana un vagón de guita mensual. La verdad es que fue una gran suerte para la atorranta de Natalia el haberse enganchado a este pibe que es tan capo que fuma bajo el agua, pero que es también un bostero troló, lo cargo siempre porque hace años que no ganan ni los torneos de verano. Pero sí, la muy guacha se sacó la lotería.

Kinshasa era un embole, pero mis viejos para no tenerme encima por un mes, cada año me ponían una estampilla en el orto y me mandaban para acá. ¡Pero papá! ¡Esto comparado con Baires es una garcha! Siempre venía a visitarlos durante las vacaciones del colegio y aquí estaba otra vez. En el lugar donde labura mi cuñado conocí a Chadrac Mangitukulu. El chabón tenía unos cuatro años más que yo y era algo así como un príncipe en la comunidad de Katanga en donde había nacido, pero ahora vivía en Kinshasa y aquí era solo otro peatón, su sangre real no le servía para un joraca y tenía que laburar como todos para ganar unos mangos y asegurarse el morfi, ¿viste?, porque cuando pica el bagre, hermano, no hay sangre azul que te salve.

La cosa es que me hice amigo de Chadrac, un vago muy piola. Veníamos siempre a este boliche a tomarnos unas birras y darle duro al billar. Entre los que caían a este antro yo era el único “mundele”, así llaman aquí a los blancos. Mundele suena muy despectivo, me dio bronca al principio, pero después me calmé. No quedaba otra, tan salame no soy, me la tenía que bancar porque acá jugaba de visitante. Fue durante una de esas noches de billar que Chadrac me dijo que estaba por casarse y que solo le faltaba reunir los elementos de la lista. Yo no tenía idea de qué mierda era aquello de la lista, así que le pregunté y de una sacó un pelpa de la billetera y me lo pasó. Me puse bajo la lámpara colgante, para enfocar mejor, ¿viste?, y leí:

Familie Shulungu
397, Avenue Colonel Mondjiba
Commune de Ngaliema

**LISTE DE BIENS POUR LA DOT DE
MADEMOISELLE Bamphie Shulungu**

I. BIENS EN NATURE

A. REVENANT AU PAPA SHULUNGU

1. Complet Costume, prêt-à-porter, taille 50 (1)
2. Chemise (1) + cravate (1) + ceinture (1) + chaussette (1)
3. Paire de chaussures N° 9 (1)
4. Pièce super Wax (1)
5. Machette (Tramontina) (1)
6. Houe (1)
7. Lampe Coleman ou 500 bougies (1)
8. Fusil ou équivalent en espèces (1)

B. REVENANT A LA MAMAN

1. Wax Super Hollandais (1)
2. Paire de chaussures dames, pointure 39 (1)
3. Mouchoir de tête
4. Chèvre (1)
5. Marmite (Ma famille) (1)
6. 25 litres d'Huile de palme
7. Paquet de café (1)
8. Mallette Nzombo (1)
9. Grand bassin (1)
10. Hache (1)
11. Boite de Lait Nido (Grand format) (1)

II. BOISSONS

- Bouteilles whisky (2)
- Dame-jeanne vin rouge (2)
- Casiers de boisson sucrée (20)
- Casiers de Skol (20)
- Casiers de Tembo (20)

III. ESPECES: 1.500\$ (DOLLARS AMERICAINS MILLE CINQ CENTS).

Fait à Kinshasa, le 03 mars 2009.

Yo estudié tres años en un instituto privado de Buenos Aires, así que la gastaba con la lengua de los nabos franchutes. Está bien, tampoco me voy a agrandar demasiado, no la gastaba-gastaba, pero sí la movía bastante. En el papel que me mostraba Chadrac se veía una larga lista de cosas que el grone debía proveer, el vago tenía que patinar para poder casarse con la guacha. La idea era que así los viejos de la minuza se aseguraban de que el pretendiente tuviera suficiente guita para dar un buen futuro a su hija y a los nietos que iban a caer, por ahí venía la mano. ¡Flor de avivada se pegaban los hijos de mil putas! De estar aquí Lucía, seguro que la pelotuda repetiría como una cotorra aquello de la "cosificación de la mujer"; feminista incurable mi exmina, por eso la dejé en bola.

Volví a leer la lista, se necesitaba un fangote de guita para conseguir todo lo que pedía y los salarios en la organización, para los locales, eran de hambre. Al flaco le tocaría ahorrar al menos durante un par de años para conseguir lo requerido. Ropa que la madre usaría el día de la boda, víveres, "tragedia" para el viejo, machete, lámpara. Pedían también gaseosas, muchas cajas de cerveza de varias marcas. Y, encima de todo, había que gatillar un tocazo en *cash*. Solo les faltó pedir un kilo de ravioles, un paquete de porro prensado o, ya puestos, unas líneas de merca listas para esnifar y con eso estarían ya completitos para la joda.

Le pregunté a Chadrac si se podía hablar con la familia para disminuir al menos la cantidad de cajas de birra y me dijo que sí, que se suele negociar, que es algo bastante normal pero que él no lo hacía, básicamente, de puro pelotudo que era. Luego de haber colocado —con una grosa jugada de troesma— la número 8 en el agujero correcto, el grone sacó de la billetera y me mostró una foto de su futura jermu. Yo me imaginaba que vería un bagayo extraterrestre pero nada que ver, linda caripela y además la yegua cargaba unas gomas que parecían a punto de estallar (demasiado melón para ese ñocorpi), un orto de otro partido y una mirada donde parecía flotar un mensaje que decía "soy un toga" pero que al mismo tiempo también podía significar "soy un manjar difícil de manducar".

Me caía bien el grone, así que decidí hacerle la gamba sin que él lo supiera. Era un trabajo especial para un *winner* y yo soy el rey del chamuyo, ¿viste? Como tengo los lompas bien puestos, anoche, un poco antes de torrar, empilchadito, fui a chamuyar a la flía del bombonazo, mi objetivo era regatearles el precio de la hija, que disminuyeran las cosas de la lista. Pero, por más cheronca que me porte, últimamente no doy una. Pura

mufa. Me salió el tiro por la culata. Como vieron que Chadrac tenía a un mundele como amigo, pensaron automáticamente que yo lo apoyaba y que estaba forrado en guita como todos los blancos (para ellos somos billeteras con patas), así que, a pesar de lo mucho que me hice el sota, los muy amargos me dieron una hoja adicional para agregar a la lista.

¡Pero si fue pura yeta, che! Ni tengo las manos chicas ni soy un gonca, la puta que lo parió. Si ahora ando rajando de Chadrac, no es por el julepe —porque yo soy un guapo, ¿viste?— sino porque no quiero darle esta mala noticia. Aunque quizá se haya enterado y ya esté cabreado conmigo. Y si no, apenas sepa, Chadrac se va a rayar como una cebra y me va a agarrar a piñas, estoy seguro de que el salamín me va a querer acomodar la trompa y voltear todos los dientes. Por eso, lo mejor es esconderme un tiempo, en tres días sale mi vuelo de regreso a Ezeiza, voy a borrarme del ispa y no creo que vuelva jamás. Posta. Pero ojo, ¿eh? Yo al grone no lo quería garcar, porque es un gomía, las cosas me salieron nomás pa'l carajo.

Accra, 21 de setiembre de 2009

UNA DE NOLLYWOOD

Diez éramos los que aguardábamos en aquella sala de espera. Diez escritores con nuestros respectivos guiones en las manos. Éramos todos nigerianos y nos encontrábamos en un general y expectante nerviosismo. No era para menos, pues del otro lado de la mampara estaba Wole Emenike, el director recientemente galardonado en el Festival de Cine de San Sebastián, *rara avis* dentro de la poderosa industria cinematográfica de Nollywood, motivo de orgullo para toda Nigeria. *Los que caminan la noche* estaba también nominada al Oscar a la mejor película extranjera, y aunque era muy difícil que triunfara, la sola nominación era ya un premio mayúsculo.

En la película de Wole, los silencios eran más importantes que los diálogos, las miradas y el lenguaje corporal decían mucho más que las palabras. El paisaje era también un personaje capital, omnipresente y verborrágico. Si bien el mensaje de la cinta apuntaba a otra parte, era posible leer entre líneas un intento de combatir aquello de que el odio a los nigerianos es el sentimiento común que une a toda África; un intento tan conmovedor como infructuoso de hacer tabla rasa. A mí la obra me pareció muy lenta, pero le doy crédito por ciertos logros parciales de poesía cinética.

Podía imaginar a Wole sentado en un sillón giratorio, ante un escritorio enorme, llevando anteojos oscuros y fumando una pipa exagerada, meneando la cabeza o haciendo un gesto afirmativo mientras oía una rápida sinopsis de la película que le proponía el guionista de turno. Lo de que cada texto estuviera colocado en una carpeta amarilla era una de sus extravagantes exigencias, requisito que todos cumplimos pues nadie quería perder la oportunidad de que el gran director convirtiera en mariposa a la crisálida de su guion. Yo estaba ubicado cerca de la puerta, por lo que podía oír bien lo que se decía adentro. El que ahora presentaba su guion le hablaba de una película "entre policial y de terror". Básicamente se trataba de una fotografía puesta en la red social *Facebook*, una foto cualquiera pero que tenía la particularidad de que todos los que fueron etiquetados en ella terminaron asesinados. La protagonizaba una pareja de policías varones, la esposa de uno de ellos resultó una de las etiquetadas que terminó muerta, por lo que había una motivación personal en la investigación. A Wole parecía

gustarle la idea, pedía más datos al guionista, quien por momentos vacilaba pero siempre lograba salir del brete. Era como si estuviera inventando el guion en tiempo real, acorde a la lectura que hacía de los gestos y muecas de su prestigioso interlocutor.

Al concluir la entrevista, Wole pidió al guionista de turno que le dejara su carpeta, pero que antes anotara su teléfono en la primera página. Hubo apretón de manos y despedida. Se abrió después la puerta. El guionista fue el primero en salir, sonriente; lo seguía el propio Wole, sudoroso, sin anteojos, con un abanico en la mano y vestido con un traje típico yoruba. El clima de Lagos era normalmente infernal pero en estos días nos freía a todos con bríos redoblados.

—Quince —dijo el director.

Mi turno. La sala no era tan diferente a como la imaginé. Un lánguido y ruidoso ventilador que colgaba del techo era tal vez el detalle que más diferenciaba mi cuadro mental del que la realidad me ofrecía. "Te escucho", dijo, luego del seco apretón de manos. En sus ojos se podía leer la soberbia típica de un nigeriano que ha conseguido algo a nivel internacional, aunque ese algo no fuera más que un vigésimo lugar.

—Mi película está ubicada en Tanzania, en la isla de Zanzíbar, allí donde nació el gran Freddie Mercury —dije, como quien tantea el agua con la punta del pie antes de hundirlo en su totalidad.

Con la actitud de un perdonavidas me hizo una seña con la mano, para que continuara hablando, echando por tierra mi teoría de que iba a encontrar en él a otro fanático de Queen. Le dije entonces que leí en el diario que un alemán a quien se le hizo un trasplante de médula ósea se curó por completo del sida que padecía. Los doctores investigaron y se dieron cuenta de que el donante de la médula tenía una mutación que creaba células inmunes carentes del receptor CCR5; ese receptor juega un papel vital para la invasión de las células por parte del virus del SIDA. Agregué que basándome en esa idea escribí el guion de la película que hoy le presentaba. Trazando repetidos círculos en el aire, la mano me indicó que adelantara, como si se tratara de un *casette*. En mi película hay una organización mafiosa que se encarga de detectar gente que tiene esa

mutación, secuestrarla y vender su médula ósea a quienes puedan pagarla, dije. Hay demasiados millonarios sidosos en el planeta, añadí después y me dio la impresión de que desperté su interés, lo que me otorgó fuerzas para continuar.

—Se ubica en Zanzíbar porque al ser una isla hay poca variación genética en la población y en ese lugar se detectaron muchos individuos con la mutación. Owolabi, el personaje principal, es como un *cowboy* del siglo XXI, experto en armas y en logística, lidera las operaciones de captura de los portadores del gen mutado, que se constituyó en un diamante biológico para los seropositivos multimillonarios —dije casi sin tomar aire.

—¿Revisó el texto alguien que conozca de Biotecnología? —preguntó.

—Sí, señor. Tengo un amigo que casi terminó la carrera de Ingeniería Genética en Ciudad del Cabo —respondí presuroso.

La carpeta amarilla con mi guion estaba sobre la mesa. Yo le hablaba directamente sin recurrir al papel, consciente de que eso podría transmitirle el grado de compromiso con mi trabajo. Pareció satisfecho con mi respuesta, por lo que proseguí mi relato. En el hospital de Zanzíbar un doctor sierraleonés realiza una vacunación masiva contra la malaria porque según el gobierno se había desatado una epidemia gravísima. Pero lo que en realidad hacía era inyectar a los que acudían con un líquido que si bien contenía antígenos contra la malaria tenía también un reactivo especial que solo manifestaba sus efectos en los portadores de la mutación genética. Si este era el caso, el paciente se sentiría mal, con la piel enrojecida, y al día siguiente volvería al hospital a consultar. El doctor debía entonces apuntar los datos de los que se reportaran enfermos y suministrarles una medicina. Algo sospechó el doctor sierraleonés, el bueno de la película, y empezó a hacer preguntas a las autoridades del Hospital Central de Dar es Salaam.

—Donde la mafia tenía ya puestos sus tentáculos, ¿verdad? —inquirió el director.

—Sí, así mismo.

Un amago de sonrisa que podía ser de satisfacción por haber acertado o por haber descubierto la llaga de un lugar común se bosquejó en su cara. No me amilané y seguí hablando. Ese doctor se había dado cuenta de que estaban seleccionando gente, no sabía para qué y sus esfuerzos se dirigieron a dilucidar el misterio. No llegó a saber la verdad jamás, porque lo asesinaron. El equipo de Owolabi empezó a operar con eficiencia. La gente desaparecía de la isla, terminaban siendo donantes involuntarios de médula ósea, servían de pieza de repuesto que daba una segunda oportunidad a quienes tenían el dinero para comprarla. Todo estaba bien ensamblado, se contaba con una red de sanatorios privados de primer nivel donde se hacían los trasplantes y los cadáveres eran eliminados por medios químicos. El dinero mueve el mundo. ¿De qué sirven cien millones de dólares en una cuenta bancaria si uno está condenado a morir de sida en los próximos tres años?, pregunté con inocultable talento histriónico.

—¿Sucede todo en Zanzíbar?

La pregunta partió de un rostro que denotaba algo intermedio entre la despreocupación y el aburrimiento.

—Al principio sí —respondí—. Pero luego la escena se muda a la isla Gorée, en Senegal. La corrupción de nuestros gobiernos facilita las tareas de la organización mafiosa. Considerando las grandes ganancias que se obtenían, la inversión en sobornos era mínima, porque se sabe...

—*Stop!* —dijo entonces con la mano derecha en alto sin dejar que terminara mi intervención—. Tu historia es demasiado hollywoodense, peca de *mainstream*. Vendés una Mamá África muy estereotipada, de corrupción y enfermedades a granel. Yo sintonizo otras frecuencias: lo mío es el cine-arte.

Quise replicarle que él preseleccionó el trabajo del anterior entrevistado, un guion para una película-basura típica del Hollywood más comercial. ¿A quién podía ocurrírsele que una foto en *Facebook* podía matar gente? Iba a contraatacarlo con ese y

otros argumentos, pero tuve la certeza repentina de que no iba a servir de nada. Así que solo me levanté de la silla, le di las gracias por escucharme y me dirigí a la puerta.

—No te olvides de esto —agregó.

Mi carpeta amarilla estaba en su mano. La tomé y salí dando un portazo. En la sala de espera vi a nueve rostros mirarme con curiosidad. Cuando notaron que llevaba mi guion bajo el brazo pude detectar en todos los ojos una llamita como de maligna alegría, al fin y al cabo esa era una competencia. Escuché que la puerta se abrió, pero seguí transitando el pasillo de la sala de espera sin volver la cabeza. Por un brevísimo instante tuve la idea de que Wole me llamaría nuevamente, que me diría que en realidad estaba interesado en mi película, que lo de hace unos segundos había sido solo un ligero malentendido.

—Dieciséis —dijo el director.

Mientras caminaba en dirección al portón de salida escuché los pasos apresurados del guionista a quien le tocaba el turno y casi en simultáneo el quejido de la puerta al cerrarse.

Asunción, diciembre de 2.011

PARÍS - DAKAR

Hay tres hombres uniformados en una oficina parisiense. Son cosas que pasan por no abrocharse el cinturón; además, si sentía frío ¿por qué no pidió una manta a la azafata?, dijo el primer policía, mientras deshacía un *croissant* a dentelladas. Tal vez el botón para llamarla no funcionaba, respondió el segundo policía y tomó una porción del panificado, directamente de la mano derecha de su compañero, antes de agregar: me enteré de que en esa clase la comida no es muy buena.

Sentado al escritorio, el jefe hablaba por teléfono; escuchaba más de lo que hablaba, tal como recomienda el viejo proverbio. Se lo veía prendido al tubo telefónico, pero también miraba al par de policías que tenía enfrente, como atento a las conversaciones en simultáneo. Era un jefe nuevo, venido de otro distrito, por lo que los oficiales que estaban en su oficina poco aún podían conocer de su carácter. Una incógnita.

Quiero que vayan ahora mismo a soltar a ese infeliz, les dijo, seguro de sí mismo, una vez que llegó a su fin el monólogo telefónico. ¡A su orden, *chef!*, respondieron los dos, casi al tiempo. Y respecto a lo que estaban hablando recién... levantó la voz el jefe y sus subordinados tragarón saliva. Eso... ¡eso es humor negro!, sentenció y los tres prorrumpieron en risa.

* * *

El hombre, que minutos antes había cortado un semicírculo en el alambrado para colarse a través de él, está ahora oculto entre el pastizal, palpando el suelo como una serpiente. Levanta un poquito la cabeza, escruta el entorno y se arrastra en dirección a la cinta asfáltica. A poca distancia de su posición, los haces de las linternas lastiman la oscuridad. Se dirige hacia ellos. La luna de Dakar está hoy ausente, situación que favorece sus propósitos. Es una noche barrida por el arenoso *harmattan*, lo que le juega en contra. Sin embargo, la suerte está echada. Tiene otra oportunidad y la tomará. Intuye el éxito. Avanza. La luz de las linternas no ha rozado su piel, que es oscura entre lo oscuro. Se lo ve correr a todo vapor.

El bostezo de un avión hace temblar un poco los pilares de la noche.

* * *

Fueron cinco, sí. Cinco años transcurrieron desde que Momar abandonó Senegal, para vivir en las afueras de París, a pocos minutos del aeropuerto, en una de las comunidades de extranjeros pobres, inmigrantes ilegales de África y Asia, en su mayoría. Con una mezcla de paciencia y resignación pudo adaptarse a la vida en la capital francesa, tan diferente a Saint-Louis en su belleza, pero también en su hostilidad. Esa mañana despertó muy temprano para ir a trabajar, y mientras cepillaba sus dientes en el baño del desván que le alquilaban, un estruendo de guerra lo sobresaltó. Aún con espuma de pasta dental en la boca, se dirigió hacia el origen del sonido. Vio un gran agujero en el techo, la precaria mesa de madera no era más que un recuerdo, los cristales de las oblicuas ventanas estaban desperdigados en el piso como monedas, y allí también estaba el cadáver semicongelado de un adulto: un amasijo de huesos y carne desparramado sobre una alfombra de sangre. Apostar a que un experto forense hablaría de politraumatismos, fracturas expuestas, roturas capsulares, hemorragias internas y pérdida de masa encefálica era hacerlo sobre seguro.

Pero Momar no estaba para apuestas. Por varios minutos, asustado por demás, no supo qué hacer. Después, dubitante, revisó al muerto en busca de alguna documentación. Nada. Ni un fragmento de papel en los bolsillos. Se arrepintió de haberlo tocado. Veía venir problemas en el futuro cercano. El cuerpo correspondía a un individuo de su misma raza y estaba en su cuchitril, sabía que la policía diría que no fue otra cosa que un ajuste de cuentas entre ilegales, gente a quienes los uniformados prefieren ignorar y aplicar la navaja de Ockham del prejuicio y los estereotipos.

Momar entró en pánico. Las interrogantes lo desbordaban. ¿Por qué le tocaba esto a él? ¿Quién había matado al hombre? ¿Cuál era el motivo? ¿Cómo llegó a su habitación? ¿Le tendieron una trampa? ¿Por qué le querían achacar la autoría? Aunque él se sabía inocente, las circunstancias lo incriminaban por todos los flancos. Desesperado, decidió actuar, casi por instinto. Se enguantó las manos con unas bolsas plásticas, arrastró el cadáver y con alguna dificultad lo ocultó bajo su cama. Maldijo. Respiró. Maldijo. Limpió malamente la sangre del piso, después salió a trabajar, con una estudiada naturalidad. El problema, sin embargo, ya no abandonó su cabeza en todo el día, porque es posible esconder el fuego, pero ¿qué se hace con el humo?

* * *

Cuando regresa del trabajo, encuentra a la policía aguardándolo. Alguien había oído el gran ruido o lo había visto arrastrar el cuerpo e hizo la denuncia telefónica. ¿Quién fue? Un barrio como el suyo está acibillado de ojos. Y un muerto bajo la cama no es el camino más seguro hacia la obtención de la ciudadanía. Mientras Momar es conducido al Departamento de Policía, al cadáver le toman las huellas dactilares para su envío a Interpol, antes de ser entregado al forense. Interrogatorio. Yo no sé nada. Apareció en mi habitación; lo tiraron de arriba. Les juro que digo la verdad. Debe ser cosa de los nigerianos. Por favor, no quiero volver a Senegal. El policía bueno y el policía malo. Homicidio. No lo deportarán. Momar suspira aliviado. Le dicen que envejecerá en la cárcel. Vuelve el miedo a su rostro. Todo conspira para la destrucción de su vida. Las cosas estaban en orden y de súbito el caos caía como un meteorito a desordenarlo todo. Ya entre barrotes, siente el chirriante arrastrarse de las horas.

Luego de dos días, con una patadita en el culo, una sonrisa de protocolo y sin una explicación, lo sueltan. Momar está libre. Puede continuar su vida exactamente desde el punto en que la dejó. Quiere saber qué pasó, pero la policía da pocas respuestas. Ya su mente se ocuparía de borrar ese episodio amargo para permitirle otra vez escandir sus días, iguales y repetidos.

* * *

Estas linternas son la herramienta de trabajo. Es lo que nos proporciona el aeropuerto de Dakar. Ojalá tuviéramos faros más potentes. Es seguro que los *yankees* tienen detectores de calor y toda esa tecnología que se ve en sus películas. Aquí tenemos que arreglárnoslas como podemos. Son mejores estas linternas que las antorchas y bolsas de luciérnagas que usan en Kinshasa, el peor aeropuerto del planeta. La gente dice que mis compañeros y yo somos como el perro del hortelano, que no come ni deja comer. Nosotros no volamos y tampoco los dejamos volar, porque es nuestro trabajo, además el riesgo es demasiado grande. Allí arriba hay temperaturas menores a cero y poco oxígeno. Ese pequeño compartimento no es una habitación de hotel. La desesperación no es buena consejera y nunca puede ser un buen consejo jugarse todo a una sola carta. Las noches sin luna o con poca luz lunar, como esta, son las peores. Dificultan.

Aunque nuestra misión es impedirles viajar, a veces me digo que un día seré yo mismo quien se meterá en el compartimento del tren de aterrizaje del siguiente avión

que despegue, me veo dándome la gran vida en París. Este no es oficio para viejos. Sé que pronto lo abandonaré, porque veo cada vez menos y me cuesta cada vez más correr tras ellos, que lo intentan con mayor frecuencia. El desesperado se juega, porque ya no le queda de otra. Sabe que si lo consigue, será el final de su vida actual: una vida nueva le abrirá los pétalos en una nueva tierra. Pero si no lo consigue también será el final de su vida. El porcentaje de éxitos es bajísimo: un solo dígito.

Ayer se me escapó uno. ¡Bah!, lo dejé hacer. Vino hacia el área que yo vigilaba. Detecté al bulto alargado que corría tras el *Air France* en plena maniobra de despegue, pero simulé no verlo. Se movía a gran velocidad. Me bastaba un llamado por radio a la Torre de Control para iniciar toda la cadena de eventos: avión regresa a tierra, pasajeros fastidiados, quejas, pasajeros fastidiosos, retraso de horas, monta-ruedas arrestado, doble trabajo para todos. Me encontraba con demasiado sueño y preferí dejarlo ir. Tengo que buscarme con urgencia otro empleo, porque lo más probable es que el nombre del polizón de ayer esté ahora engrosando la estadística de los fracasados, otro Moisés que muere muy cerca de pisar su tierra prometida.

SEPULTANDO A KWEKU MENSAH

Para Ever Román

¿Mi turno? Bien, en las vacaciones que pasé en Ghana hubo por supuesto playas, interminable diversión nocturna y hubo también, cómo no, mucho embriagarse con vino de palmera. Pero lo que mejor recuerdo de aquel periodo es el modo en que dimos sepultura a Kweku Mensah. A pesar de los años que han pasado, todo se encuentra aún muy fresco en mi memoria, como recién escrito.

Me hospedé en el King Tackie Hotel de Accra, que si bien no era un cinco estrellas, contaba con lo necesario para pasar confortablemente los treinta días que me tocaban. El botones del lugar se llamaba Arko y nos habíamos hecho muy amigos. En realidad, no era una amistad químicamente pura pero sí un sucedáneo, una amistad de bajo amperaje, la que puede darse entre un local y un turista que viene temporalmente del otro lado del océano.

Todo comenzó cuando supo que yo venía de Paraguay. Arko había estudiado español en el colegio y mi aparición fue para él una excelente oportunidad de practicar el idioma. Debo decir que su dominio era regular; considerando que no era su lengua materna conjugaba muy bien, pero tenía la molesta tendencia a colocar el acento en la sílaba equivocada: allanaba sus esdrújulas o agudizaba sus graves. Casi siempre.

Arko era de la tribu akan y su espíritu alegre hacía que parte de su diario uniforme fuera una sonrisa que le colgaba de oreja a oreja, como una hamaca. El trato era simple: yo lo ayudaba a mejorar su manejo del español y él debía enseñarme, a cambio, vocablos en twi. Yo aprovechaba para preguntarle cosas sobre el país y sus costumbres, pues con lo repentina que fue mi elección de destino vacacional no había tenido tiempo de leer sobre ello en Wikipedia. El twi era solo una de las lenguas locales, la más hablada en el país. Arko solía deletrear la palabra que me quería enseñar y cuando había lápiz y papel cerca la escribía, para que yo la pudiera abarcar mejor (“vista y oído superan a vista”).

Fue así que una mañana, luego del desayuno, lo encontré frente al elevador y le pregunté cómo se decía gracias. Como buen profesor que era, Arko me lo dijo primero,

después escribió en su teléfono y me lo alcanzó. Poco me costó memorizar el *meda ase* que brillaba en el pequeño monitor, y cuando estuve a punto de retornarle el celular vi que tenía la imagen de un águila como fondo de pantalla. Parecía de madera, tenía las alas extendidas y pintadas con los colores de la bandera estadounidense.

—¿En qué museo puedo visitar esa escultura? —le pregunté.

—Está en casa —replicó—, es el ataúd de mi papá.

Los rituales de la muerte en Ghana tienen sus particularidades, especialmente para el ojo occidental. La industria funeraria mueve millones cada año. Cuando un miembro de la familia muere, no se procede a su inmediato entierro sino que el cadáver es entregado a alguna de las empresas que se encargan de congelarlo para retrasar así la inevitable descomposición. El funeral es un gran evento, todos los deudos son informados y se realiza un buen tiempo luego de acaecida la muerte, para que quienes viven lejos puedan organizarse y venir a ser parte de la despedida final, de la mudanza del difunto hacia el otro mundo. Se gastan verdaderas fortunas, la gente se endeuda por años para dar un funeral digno a su familiar fallecido. Es para ellos un motivo de orgullo: cuanto más grande el funeral, por mayor tiempo será recordado.

De esto no me enteré leyendo alguna descafeinada revista para turistas, mi fuente era de primera mano, el propio Arko, que me contó además que su padre iba a ser sepultado ese sábado, tres meses después de haberse adentrado en los terrenos de la muerte. Me habló también de los ataúdes de fantasía, se los fabricaba para honrar al muerto con algo que lo identificara. Alguien que fue fotógrafo en vida podría tener un ataúd con apariencia de cámara fotográfica, quien era adicto a la Coca-Cola podía ser enterrado en una caja con la curvilínea forma de una botella, un piloto aterrizaría en las pistas de la muerte en una tumba alada como un avión. Trabajaban y pintaban la madera para esculpir el objeto que sería el lecho final del muerto. Así, lo que fue parte de su vida seguiría siéndolo también de su muerte.

El ataúd que acogería al padre de Arko tenía la forma de un águila imperial y los colores de la bandera estadounidense, por dos razones: porque había sido un jefe tribal y porque, durante su tardía juventud, había sido taxista en Nueva York.

—Amaba ese país, hasta se había traído el acento —explicó Arko, con orgullo inocultable.

Al instante, le pedí que me dejara participar del funeral, le confesé que estaba fascinado con todo ello y que me gustaría vivirlo más de cerca. No vio inconveniente alguno.

—Es inclusive prestigioso tener uno o dos blancos presentes, realzará la importancia de papá —me dijo y otra vez columpió una sonrisa en su cara.

Los asistentes al funeral deben vestir de rojo, negro o blanco. Arko prometió conseguirme la vestimenta apropiada. El entierro estaba programado para el sábado y era apenas martes. Mi ansiedad herrumbra los bordes de las horas. Todos los días me parecían repetidos. Intenté entretenerme: vi televisión, leí las revistas que había robado del avión, pasé por prolongados periodos de sueño. Todo con el objetivo de hacer pasar el tiempo más rápidamente o más bien mi percepción del tiempo.

Y el esperado sábado llegó. El tráfico estaba sobrecargado, justamente por los funerales. Gente que iba al interior del país para ser parte de las ceremonias, así como personas que venían a la capital con idéntico objetivo. Primeramente fui al cementerio para asistir a la sepultura del padre de mi amigo. Cuando abandoné el lugar, me dije que el entierro en sí no tenía gran diferencia con lo que yo estaba acostumbrado, salvo el pintoresco ataúd que precisó de media docena de hombres para ser colocado en la cavidad abierta para la ocasión: un gran hoyo rectangular con un alargado rectángulo que lo cruzaba al medio, apenas más ancho que la envergadura de las alas.

Luego del entierro, la ceremonia continuaba en la morada del fallecido. Por fortuna, Arko vivía a tan solo una hora del hotel. Fuimos juntos en el automóvil que renté. Al llegar a su casa me di cuenta de que todo estaba listo, habían montado grandes carpas en el patio, para proteger del sol a la concurrencia. Era literalmente una fiesta. Vi infinitas sillas plásticas de color rojo, mucha comida sobre una mesa alargada y una banda de música. Me explicó Arko que la fiesta era para celebrar la vida del muerto, la bien vivida vida que había tenido, en este caso, su padre. Vi gente vestida de negro, por todos lados, hablando, riendo, danzando al cinético influjo de los tambores. Había alegría allí, las heridas estaban cerradas, el dolor no era reciente porque el fallecimiento había tenido lugar ya semanas atrás, tiempo suficiente para digerir el hecho, para aceptarlo.

Me entregué a la fiesta por completo. Vine, bebí y fui vencido. Bailé con la gente, me emborraché, disfruté como nunca. Me sentí amigo del papá de Arko, a pesar de que

nunca le había visto el rostro, antes de ese día. Los ghaneses tienen una energía enorme para la danza. En la mesa de comidas había también una caja donde uno depositaba dinero, para ayudar a la familia a cubrir los gastos del funeral. En mi ebriedad, aporté repetidas veces. Bailé y bebí hasta perder la conciencia.

Amanecí en mi habitación del hotel, el domingo alrededor de las tres de la tarde. Todavía tenía la ropa del día anterior y los zapatos puestos. Un dolor insoportable habitaba mi cabeza. Era la odiosa resaca. Abrí el *frigobar* e incorporé medio litro de agua en un santiamén. Volví a la cama. La reconstrucción me llevó el domingo entero; desperté nuevamente a las ocho de la noche y ordené comida a través del servicio de habitación.

Arko no trabajaba los fines de semana. Cumplía sus tareas un botones que no era de mi agrado, había en él algo avieso que activaba las alarmas de mi desconfianza. No poco tenían que ver en esa malquerencia el que se mostrara eternamente serio y que su rostro tuviera un extremado parecido al de Eto'ó, a quien yo aún no había podido perdonar que luego de haberlo ganado todo con mi querido Barcelona haya dejado el club para ganarlo todo con el odioso Inter de Milán. Por lo avanzado de la noche tampoco ya quise llamarlo a Arko para hablar del funeral. Tenía que esperar a que amaneciera.

El lunes bien temprano bajé a desayunar. Todo estuvo bien, a excepción del *omelette*, que padecía de un exceso de sal. Al terminar, vi a Arko parado frente a la oficina de recepción, me acerqué y charlamos un rato. Le comenté que ignoraba cómo llegué al hotel el sábado anterior y me dijo que ellos me habían traído. Afirmó además que, a pesar de mi avanzado estado etílico, pude subir las escaleras por mis propios medios, debido a que el ascensor estaba con problemas. Le agradecí por ello y por la oportunidad de participar de la ceremonia funeraria. En eso, sonó su celular.

La hamaca de dientes que estaba en su cara dejó de columpiarse y los ceños se fruncieron para indicar contrariedad: no era buena la noticia que emanaba del teléfono. Arko caminó, incómodo. Escuchó mucho, hizo preguntas, su mirada fue una mezcla de tristeza y de seriedad. Finalmente cortó la llamada.

—Robaron el ataúd de papá — dijo como para sí.

Habían desenterrado el cuerpo de su padre la noche antes, su madre había ido a llevar unas flores y se encontró con la tumba saqueada y el cadáver de su marido tirado cerca de la abierta cavidad. De ese modo me enteré de que allí también hay profanadores de tumbas; alimañas que, amparadas en la amistad silenciosa de la luna, armadas de palas y picos, acuden a los cementerios a desempolvar lo recientemente enterrado. También me contó Arko que a los entierros siempre asiste gente que uno no conoce, gente que puede volver más tarde a remover la tierra si es que el fallecido bajó adornado de joyas o si su féretro era valioso (los ataúdes de fantasía lo eran).

—Estos bandidos querían el águila imperial de papá. Lo desentierran, limpian y lo vuelven a vender.

Apenas un día y algunas horas había estado su padre bajo tierra. La impotencia y la rabia campeaban en el rostro de Arko. El funeral había costado muchísimo dinero. La familia se había empleado de lleno para dar a su padre un entierro digno de memoria, y ahora su cadáver estaba allí a la intemperie intolerable. Le pregunté qué había que hacer ahora. Me dijo que tenía que comprar otro ataúd y volverlo a enterrar cuanto antes: las bacterias no tenían descanso. Pregunté dónde se hacían esos ataúdes de fantasía y me dijo que en la ciudad de Teshie, no muy lejos de Accra.

En un repentino acto de solidaridad casi fraternal, le dije que yo le regalaría un féretro nuevo para su padre. La sonrisa volvió a columpiar en su anochecido rostro. Arko habló un rato con el gerente del hotel, le explicó la situación y al minuto ya estábamos camino a Teshie, lugar donde había nacido la idea de los ataúdes de fantasía. Llegamos al taller del carpintero que había hecho el águila imperial para el insepulto padre de mi amigo.

El local estaba habitado por una multitud de ataúdes. Los carpinteros trabajaban todo tipo de madera. Se multiplicaban: allí uno serruchaba, a su lado había otro que pintaba y más allá un ayudante que cepillaba con entusiasmo y hacía brotar las virutas como pavesas enloquecidas. Entre los fantásticos féretros ya terminados pude apreciar automóviles, cigarrillos, celulares Nokia, frutos y animales de toda índole. Señalé un ataúd con forma de coco y pregunté a Arko si le parecía bien que lleváramos ese.

—Papá los odiaba — fue su respuesta lacónica.

Me explicó entonces que la voluntad de su padre era ser enterrado en un ataúd con forma de águila, que cuando estaba vivo había mandado construir esa pieza de madera que sería su última morada y que la tuvo guardada por varios años en la casa de un hermano. Arko habló luego con el dueño del local y le explicó que necesitaba con urgencia otro féretro con forma de águila. Yo escuchaba desde una distancia corta, silencioso. Hablaban en inglés. Oí al propietario mencionar un precio y agregó que estaría listo en una semana. No fue sino hasta entonces que intervine.

Le dije que lo necesitábamos para el día siguiente por la mañana, le pedí que parara con todos los demás trabajos y que se enfocara en nuestro pedido, que contratara más carpinteros si eran necesarios para cumplir la misión. El propietario rió y dijo que eso era imposible. Le dije que pusiera un precio acorde a lo que le estaba pidiendo. Lo hizo. Y era absurdamente elevado. Pero acepté y mirándolo a los ojos le dije que a la mañana siguiente vendríamos a buscar el ave de madera. Cuando abandonábamos el lugar vi que los ayudantes dejaban todo y se ponían a oír las instrucciones del jefe. La lengua twi jamás había sonado tan dulce a mis oídos.

Regresé al hotel en tanto que Arko fue a su casa. Debía organizarlo todo para el entierro del siguiente día. El segundo entierro de Kweku Mensah. Hacia el final de la tarde de ese día hablé con él por teléfono. Me comentó que habían llevado nuevamente el cuerpo de su padre a la casa, que amigos y familiares fueron informados de todo y que una buena parte de los asistentes del entierro del sábado asistiría también el martes. Luego de comer un poco, el cuerpo tendido cuan largo era, me puse a revisar las fotografías que había tomado en la mañana. Todavía estaba impresionado por lo bien diseñadas que estaban esas piezas de arte mortuario, esos ataúdes que no eran otra cosa que unos pintorescos taxis al más allá, coloridas naves de Caronte.

Llegado el martes, me levanté muy temprano, tomé una ducha, agarré una fuerte suma de dinero de la caja de seguridad de mi habitación y vestí la ropa de funeral que me había conseguido mi amigo ghanés. Desayuné aprisa y luego fui al vestíbulo para buscarlo. Encontré a Arko ya preparado para la partida. Nos dirigimos a Teshie a toda máquina. Al llegar apenas, pudimos ver el magnífico ataúd de águila imperial con la bandera estadounidense pintada en las alas. Flamante. Señorial. Kweku Mensah tenía nuevamente el lecho arrebatado por los ladrones. Pude ver a los carpinteros y ayudantes, cuyos ojos se mostraban poblados de venitas como rojos arroyuelos, signos de no haber dormido. El dueño del local vino y conversamos animadamente. Arko y

algunos de los somnolientos ayudantes amarraron el ataúd a la parte superior del vehículo. Agradecemos. Pagué. Nos despedimos.

Llegamos a la casa, familiares y amigos ya estaban allí. Telas rojas y telas negras se movían por doquier. Kweku Mensah y su águila imperial volvieron a unirse. Se cargó el ataúd en el vehículo y empezó la procesión. Varios automóviles se nos unieron, en dirección al cementerio. Arko iba al volante y comandábamos la caravana. Cuando estábamos a punto de pasar un puente, el conductor encostó el automóvil y lo detuvo. Los otros vehículos imitaron la acción.

Arko abrió la puerta y del asiento trasero agarró unas botellas de licor de marca Schnapps. No me parecía un buen momento para beber y se lo hice saber. Me dijo que antes de cruzar el puente debía hacer una ofrenda al espíritu del agua. Lo vi derramar el licor al tiempo de pronunciar palabras en twi como un mantra. Me acordé de las libaciones a los dioses en los libros de Homero. Poco duró la interrupción, enseguida volvimos al auto y la caravana siguió su marcha. Ya en el cementerio, pude ver que los sepultureros habían vuelto a despejar de arena la zanja.

Para mí fue todo como una repetición, el sábado redivivo. Empecé a mirar a los asistentes para tratar de descubrir quién pudo haber sido el ladrón. Detecté entre la concurrencia la cara del que cubría el puesto de Arko los fines de semana e inmediatamente lo coloqué en mi lista de sospechosos, a pesar de no haberlo visto en el primer entierro: los rencores deportivos suelen ser viscerales. La ceremonia siguió su curso. Se dijeron cosas, se lloró y luego se bajó el ataúd al hoyo. Y cuando me esperaba que cayeran las paladas de tierra sobre el ataúd, los que cayeron fueron hachazos.

Se acercó Arko al borde del agujero donde reposaba el cadáver y empezó a repartir golpes de hacha contra la madera del costoso féretro. Rota el ala izquierda, cercenado el pico, destruidas varias partes del plumaje imperial. Pensé que el dolor por la muerte de su padre había tal vez renacido y que lo estaba llevando hacia la enajenación. Salté raudamente para detenerlo y le pregunté qué diablos le pasaba. Hablábamos en español, la gente mostró sorpresa. Arko dejó el hacha a un lado y me explicó que era una costumbre bastante nueva: debía destruir el ataúd para que todos vieran que era inutilizable, por lo que ya nadie tendría la tentación de desenterrarlo. Agregó que si lo hubiera hecho en el primer entierro, no hubiera habido segundo.

Cuando todo terminó, acompañé a Arko a casa de un *jujuman*, un hechicero que, contrario a lo que cabía esperar, iba vestido como para una misa dominical. Arko lo puso al tanto de lo que había pasado y solicitó una maldición contra quienes profanaron la tumba de su progenitor. El *jujuman* dijo que no había problemas y puso un precio, que terminé pagando también yo, con algo de resignación. Después retorné al hotel y dormí por casi once horas.

Todo pasó como lo he contado, no he inventado ni añadido nada. Fue de este modo que pude asistir al doble entierro de Kweku Mensah.

Luque, diciembre de 2010

UN PECADO CAPITAL

Buenas tardes, estimados oyentes. Primeramente, quiero agradecer al Reverendo por la concesión de este espacio en su radio. No importa mucho quién soy. Lo que realmente interesa es que tengo un mensaje para todos ustedes. El mensajero importa mucho menos que el mensaje. No tengo el don de la oratoria; no hay una pizca de elocuencia en mi hablar. Sin embargo, la importancia de lo que tengo que decirles hace irrelevante esa carencia. Es bien sabido que pronto, en nuestro querido estado, elegiremos un nuevo gobernador. En dos meses más, entregaremos a las urnas el nombre de quien conducirá los destinos de nuestra patria chica, nuestra amada Rhode Island, primera de las trece colonias originarias en plantarle cara al dominio británico, puntapié inicial para la independencia de este país.

No estoy sentado ante este micrófono para venderles las virtudes de tal o cual candidato. Nada más lejos de mis intenciones. Muy por el contrario, vengo a contarles lo que sé del pasado de uno de ellos. Pero antes debo hablarles del coltán. A la mayoría el término le resultará un enigma, porque el coltán no sale mucho en la prensa. Las empresas, que compran millonarios espacios en los medios, no tienen interés alguno en que este mineral sea conocido. Porque el coltán no es más que eso, señores: un mineral. En realidad, se trata de una combinación de columbita y tantalita. Col-tan. La verdadera estrella de esa mezcla, la tantalita, posee cualidades casi mágicas, sus propiedades químicas le otorgan una altísima resistencia a la corrosión y al calor, es además un súper conductor de la electricidad, soporta cargas tan altas que lo convierten en el material ideal para la fabricación de los condensadores usados en los circuitos electrónicos.

En la actualidad, el coltán es la verdadera piedra filosofal para el desarrollo de las nuevas tecnologías. La electrónica depende en gran medida de él. Lo necesitan en la telefonía móvil, en la fabricación de ordenadores, de dispositivos *wireless*, sistemas de posicionamiento global, consolas de videojuegos, armas inteligentes, en la industria aeroespacial, entre otros. La milagrosa miniaturización de la electrónica, los televisores de pantalla plana, la casi bidimensionalización de los celulares y *laptops*, todo vino de la mano del mineral maravilloso que dormita en el corazón de nuestros *gadgets* tecnológicos. En este mismo momento, el coltán está activo en el aparato celular que

tienen en sus bolsillos, está ahora mismo trabajando en las entrañas de la videoconsola en la que nuestros hijos desmigajan a desaseados zombis o rocían de rayo láser a naves alienígenas.

Para su desgracia, el 80% de las reservas mundiales del mineral están en la República Democrática del Congo. Su explotación ha motivado la Guerra Mundial Africana, conocida también como Guerra del Coltán, que enfrentó a nueve naciones e innumerables facciones armadas en suelo del ex-Zaire. Rebeldes, grupos armados, ejércitos regulares, milicias varias se disputan el territorio que alberga los yacimientos, ante la mirada impotente del gobierno congolés. El coltán, el oro azul, es el verdadero objetivo de esa guerra en la que murieron ya cerca de cuatro millones de personas. Muertos por hambre, enfermedades, por tiros de los grupos armados, machetazos de las diversas milicias, en los yacimientos. Sin mencionar a los desplazados y refugiados. Cuando los elefantes pelean es la hierba la que sufre. El dinero del coltán sirve para financiar a esos grupos, exportan el producto a las empresas fabricantes de dispositivos electrónicos y con el dinero que obtienen compran armamento para continuar sus luchas pretendidamente sociales.

Todo continúa igual. Bajo el atento control de los grupos armados, la minería del coltán se realiza a mano, sin maquinarias, es extraído con procesos completamente artesanales. Horadan la superficie de la tierra y buscan los fragmentos oscuros del coltán. Quienes se abocan a la tarea son aldeanos, prisioneros de guerra y, principalmente, los niños, que al ser más pequeños caben con mayor facilidad en los agujeros. Los mineros son los eslabones más flojos de la cadena, se pasan el día hundidos en la hendidura, metidos en paréntesis bajo tierra como topos en su madriguera, por salarios que rondan el dólar diario. Por la incontrolable ambición, las milicias invadieron también algunos parques nacionales, donde encontraron yacimientos. Ello no solo implica la destrucción del hábitat sino la disminución de la población de especies protegidas, que son cazadas para alimento. El gorila de montaña ha sido ya casi exterminado. Un elefante no dura demasiado ante los agujeros que infiere una moderna ametralladora liviana. Daño colateral.

Coltán, columbita-tantalita del infierno, negra roca de la desgracia, polvo oscuro de la muerte. Cada nuevo recurso mineral que es descubierto en África significa una maldición para el país del hallazgo, implica otra horda de empresas extranjeras que irán a succionarle la sangre, representa más explotación y más muerte. Pasó con los

diamantes en Sierra Leona, con el oro y el petróleo de Ghana, con la tanzanita en Arusha y también con el coltán congolés. Como siempre, las beneficiarias son las grandes multinacionales, que compran a precios irrisorios la materia prima clave para sus negocios.

Coltan, bloody coltan. Gracias a ese negrito semidesnudo que golpea una roca con un cortahierro en las colinas de Mushangi, hay un gerente del área de las telecomunicaciones que sonríe feliz al ver números positivos en la pantalla de su *smartphone*; es merced al trabajo de ese mismo negrito que en Tokio un alto directivo muestra flechas ascendentes a su junta de accionistas; son las piedras que extrae ese negrito las que agigantan un número en la cuenta bancaria de un ejecutivo en Ohio. Pero la cantidad de los que colapsan de súbito, los que por un desmoronamiento hallan allí su sepultura, los que se quedan sin aire y dejan su vida en los yacimientos de coltán no aparecen en sus presentaciones de PowerPoint; los que son directa o indirectamente muertos por la guerrilla, los gorilas de montaña no suman píxeles en sus gráficos circulares ni alteran en lo más mínimo sus líneas de tendencia.

Conviene que sepan del coltán, por un lado. Por el otro, quiero hablarles de Timothy Kingston. Ustedes lo conocen, no necesita presentación. Es el candidato a gobernador por el Partido Republicano, al que estoy afiliado desde mi juventud. Sí, lo conocemos todos. Su rostro maquillado está en los carteles y espacios publicitarios de los medios. *Llegaremos, ciudadanos, llegaremos.* Es él quien encabeza las encuestas. Se augura que el suyo será el primer nombre pronunciado por la boca de urna. Se le pronostica una victoria fácil. *El candidato de la gente.* Yo lo conocí antes de esta omnipresencia mediática. Lo conocí bien, compartimos aulas durante la secundaria. Fui de los más allegados a él. De Timothy admiré siempre su curiosidad para todo, su olfato fino, finísimo para los negocios, la desbordante suerte con las mujeres y esa capacidad tan grande para manipular a la gente. Hubo siempre algo de mesiánico en él. Inexplicable. Una cosa hipnótica. Magnética.

Recuerdo su predilección por las ciencias. Con la Biología se llevaba muy bien. Le gustaba decir "la supervivencia del más astuto" en lugar de la del "más apto", al enfocar la retorcida lectura spenceriana de Darwin. Diseccionaba con maniático placer animales, les navegaba las entrañas y luego decía en voz baja, como una nota mental: con que así funciona. Su respeto por la vida fue siempre escaso. Había un rincón especial en su corazón destinado a odiar a los gatos. Tantos cuerpos felinos, tantos

disparos de aire comprimido... Las cabezas de los otros eran para él simples peldaños. *Show no mercy*. No olvido que me dijo una vez, bajo el desangelado sol de una tarde: estamos en el planeta durante un tiempo muy corto, no hay nada más allá de la muerte, por eso hay que conseguir lo necesario para disfrutar de todos los placeres antes de la extinción definitiva. Yo sabía que llegaría lejos en la vida. Muy lejos. Tenía demasiada inteligencia y ningún escrúpulo. La capacidad de influir sobre las personas es una carta ganadora.

Al concluir la secundaria le perdí el rastro. No supe más de él hasta que nos volvimos a encontrar, casi dos décadas después, en una fiesta de exalumnos. Bebimos hasta la sobriedad y en medio de esa compartida y feliz borrachera me enteró de varias cosas. Trabajaba como funcionario de las Naciones Unidas, con base en la capital de la República Democrática del Congo. Me contó que allí se la pasaban disfrutando la vida nocturna de Kinshasa, que las Naciones Unidas sacaban de vez en cuando sus blancos tanques por las calles para que no se les entumecieran las piezas móviles. Que el salario era altísimo y los beneficios generosos. Que en la capital no pasaba nada, que el campo de batalla estaba lejos, en Bukavu, en Goma, en los bordes con Ruanda y Uganda. Me contó también, casi en susurros de alcohol, que estaba metido en el negocio del tráfico del coltán. Era uno de los mayores acopiadores, negociaba con las guerrillas, les compraba el mineral y lo vendía después a China, en cuyo territorio están las grandes fábricas de electrónica. La ecuación es sencilla, dijo: comprar a 20 y vender a 500. Una situación ganar-ganar. En mi vida había oído nombrar ese mineral. Al día siguiente, ya repuesto de la resaca, investigué brevemente en Wikipedia y me olvidé enseguida del asunto.

Pasaron los años y Timothy Kingston se convirtió en uno de los hombres más acaudalados de Estados Unidos. Su fotografía en la portada de *Forbes*. Abrió numerosas empresas, diversificó los rubros de su inversión. Su dinero produjo más dinero. Yo sabía que su origen era el tráfico de coltán. Dinero manchado con el dolor de tantos congolese. Pero a nadie voy a engañar, no es por esa gente que me preocupo sino por nosotros. El que se hizo rico explotando a pobres africanos quiere ahora ser el gobernador de Rhode Island, es con ese dinero sucio que quiere comprar el camino a la gobernación de nuestro estado. Conviene que sepan estas cosas acerca de la persona que nos ofrece el Partido Republicano, se podrán imaginar lo que nos espera si un individuo así llega al poder. De la gobernación a la presidencia.

Les pido, señores, que voten a conciencia, que sean iluminados por los grandes hombres que antes dieron luz a nuestro partido. Yo no vengo a rogarles que den su voto a un partido X o Y, solamente solicito que no voten por el candidato del Partido Republicano. Cualquier otro será menos malo. Cualquiera. La gente de este estado se merece algo mejor. Les pido que ese primer martes de noviembre, cuando estén ante la urna, recuerden lo que les he contado. Ustedes elegirán al próximo gobernador y quiero que no ignoren esto. No tengo grupo político alguno detrás. Por esto no me paga nadie. Voy a recorrer cada comunidad de este estado llevando mi mensaje. No voten lo que diga la propaganda. Él copará los espacios, doblegará en los debates con su efectiva dialéctica a los otros candidatos, su impecable sonrisa tratará de conquistar votos desde el anuncio televisivo, nos regalará esa mirada candorosa desde los afiches que empapan la ciudad. *One man army*. Solo yo estoy detrás de esto. Tengo una verdad y la voy a diseminar, con todos los medios a mi alcance, lucharé a brazo partido.

Ya dos dedos que simulan una tijera cortan el aire. Aunque esta sea una radio comunitaria y no tenga demasiado alcance, de igual modo agradezco la oportunidad que me dieron para contar lo que sé sobre el candidato Timothy Kingston, individuo de temer, millonario, poderoso, que fue alguna vez mi amigo y al que no he dejado de envidiar un solo día de mi vida.

PUTAS RUSAS

Si me enemisté con la comunidad latina de Ghana fue por culpa de las putas rusas. No es que ellas fueran las culpables en primer orden, pero sí lo eran de modo indirecto. Nadie es nunca completamente inocente. Se sabe que en este mundo todo está interrelacionado, por lo que bien puedo decir que mi enojo con la comunidad de latinos fue debido a las putas rusas. Residíamos en la capital, a la que empezaban a brotarle edificios y construcciones, desordenadamente, como en una reacción alérgica.

En ese entonces, la comunidad no era muy numerosa (me informan que ahora la cosa es diferente y que se llega casi a las veinte familias, por lo que las reuniones mensuales han dejado de realizarse). Media docena de solteros y tres familias componían la comunidad. Trabajábamos todos para una Organización No Gubernamental que se enfocaba en brindar educación digital a niños de escasos recursos, que no eran los menos. La organización tenía presencia en otros países del continente: Sierra Leona, Etiopía, Tanzania, Kenia, Congo, Chad, Senegal y Ruanda. No mencionaré el nombre de la ONG para no darle publicidad gratuita (muchos conocen las escuálidas razones que adujeron para rescindir el contrato y la larga batalla legal que nos desgastó a ambos). El trabajo ya no tenía sus crestas y valles como en el pasado, la línea era plana como un electrocardiograma practicado al colmillo de un elefante.

Alguien propaló el rumor de que había un prostíbulo con putas rusas en Ghana. El grupo de latinos estaba excitadísimo; yo el primero. Empecé a indagar y hubo confirmaciones de otras fuentes e incluso un dato revelador: cobraban quinientos dólares la hora. Al principio, todos reclamamos que el precio era excesivo. Pero luego de buscar el texto "*russian girls*" en *Google Images*, la gran mayoría empezó a soltar frases como "vale la pena" y "*once in a lifetime*". Y Joel, que era casi como un filósofo boliviano, dijo:

—Changos, no olviden que duele menos arrepentirse de haber hecho algo que de nunca haberlo hecho.

No voy a negar que estuve hondamente interesado en ellas, especialmente luego de contemplar las fotografías. Prostitutas rusas en el continente africano, parecía una paradoja, pero en este mundo globalizado todo era posible. Si era ya factible comprar una esposa esclava desde la comodidad de un sitio *web*, no debía ser imposible alquilarse una puta rusa durante un par de horas. Cuando cerraba los ojos, las podía imaginar con claridad: ninfas de lisa y límpida cabellera rubia moviéndose tentadoras y enfocando las calles de Accra con esos ojos poseedores de una tonalidad que solo se puede fabricar a muy bajas temperaturas.

Era completamente probable que alguien hubiera entendido la mina de oro que algo así podía significar; el alma esclava no es ciega para los negocios. Empecé entonces a buscar datos más certeros. Fue decepcionante enterarme de que ninguno de los latinos parecía tener información precisa; saqué a colación el tema un viernes, luego de la reunión semanal. Todos habían simplemente oído, nadie había ido a visitarlas. Intuí que alguno mentía. O que todos lo hacían. No querían compartir el tesoro conmigo. Lo consideré un supremo acto de egoísmo y arribé a la conclusión de que se habían aliado en mi contra por alguna razón (revisé mis acciones pero no encontré nada que verdaderamente lo ameritase).

Me molestaba el que me ocultaran la información, entre risas, mientras alguno me recordaba, no sin sorna, que soy hombre casado y padre de dos niñas. Ese tipo de comentarios no me agradaba en lo absoluto. Muchos de ellos no eran solteros y puedo contar historias prostibularias a granel, historias donde les cupo el rol protagónico. Pero no soy vengativo y nada ganaría haciéndoles naufragar la familia. Anduve con mucha rabia cuando entonces, estaba completamente asqueado por la moralina que los

envolvía. Éramos latinos y entre fantasmas no debíamos pisarnos las sábanas. Era cierto que —cuando eso— yo estaba casado y tenía dos hijas pequeñas, pero ellas estaban en Asunción, muy lejos de mí, con un océano de por medio.

Mis compañeros latinos me escatimaban, camuflaban y ocultaban la información. No bastaba con que les dijera que yo solo quería ir a mirar, porque los quinientos dólares, que eran el salario mínimo en Paraguay, no justificaban una hora y ni una noche siquiera con una de esas princesas esclavas a las que no me costaba imaginar como un vivificante oasis cuya sola contemplación podía bendecir a uno, como algunas deidades de India. Yo solo anhelaba ir a beberme unos tragos y conversar con ellas, escucharlas hablar en inglés con ese adorable acento ruso de rabiosas y enérgicas erres, hacer lo que mis amigos conocían como una "terapia de prostíbulo". Aunque, en mi caso, esa terapia no incluyera el combate cuerpo a cuerpo y se basara únicamente en un diálogo de alcohol, en oír las y en que me oyeran.

Las putas siempre tienen una sabiduría altísima, muchas vidas se comprimen en la vida de una sola puta, porque ellas son para sus clientes como un psicoanalista, el diván es una cama de batalladoras sábanas, las putas se recuestan desnudas sobre el colchón y escuchan con infinita paciencia los problemas masculinos y aunque algunas no brinden consejos, el simple hecho de escuchar ya les otorga un doctorado *honoris causa* en el ser humano, ellas comprenden a la perfección cómo trabaja la mente de un hombre, entienden el modo en que funciona ese aparato tan inestable que es el corazón humano, conocen nombres de novias y esposas, de hijas e hijos, ven fotografías que brotan de las billeteras y de las no siempre diminutas pantallas de los celulares, saben secretos de familias enteras. Las putas encierran mucha sabiduría, demasiada vida en sus fatigosos cuerpos.

En este punto alguna aclaración es necesaria. No es que despreciara la producción local. En lo absoluto. Las africanas tienen unas curvas naturales que ni siquiera las modelos occidentales con más incrustaciones de plástico podrían igualar. El tamaño de las nalgas y las cinturas podía pintar de realidad el delirio japonés del *hentai*,

del cuello para abajo. Quizá la belleza fuera la materia pendiente, la belleza del rostro, tomando en consideración que todo es relativo y que los latinos juzgábamos con los parámetros con los que habíamos convivido siempre (aunque hay quienes consideran que la belleza es un absoluto, algo objetivo, pero no es este el sitio para discutir ese tema).

Un jueves, lluvioso y nublado como suelen ser algunos días durante la *rainy season*, fui al restaurant *Frankies*, a almorzar con el grupo latino. Sentados a la mesa podía sentirse el malestar en el ambiente, una especie de tensión quebradiza que parecía dispuesta a alborotar el local con sus trozos de vidrio en el momento menos pensado. A los latinos no les costaba percibir mi cambio en el trato para con ellos, mi frialdad y silencio inusitados eran más que notorios. Se lo habían buscado, ellos me ocultaban información vital, así que mi mensaje era claro: yo no volvería a ser el alma de la fiesta, el que proponía los temas de conversación, pues no me sentía bien con lo que me estaban haciendo. Enroqué ante ellos, dejando a mis espaldas los bordes del tablero y al frente una bien resguardada montaña, aleación de silencio e indiferencia.

Cuando me levanté y fui al baño, pude ver en una de las esquinas, a un par de preciosas rubias que atacaban sin prisa unas ensaladas donde no escaseaban las rodajas de piña. Flaquitas, el cabello fino y bien cuidado, la piel tersa y unas miradas que traían remembranzas del azul de las tanzanitas de un *Duty Free* a treinta mil pies de altura. Pude ver y desear sus cuerpos atléticos, esos cuerpos felinos tan compatibles con la minifalda. Mis ojos fueron desbordados por esa burbujeante belleza adolescente y entendí por qué solo un ruso pudo haber escrito una novela como *Lolita* y rememoré también aquella frase de que la inocencia es el mejor condimento para la lujuria. Yo estaba seguro de que eran rusas. Ya pensaba que las volvería a ver una noche en el todavía desconocido prostíbulo que rebosaba de diosas eslavas, el lugar que llenaba mis sueños de depravado, de latino que contaba ya ocho meses sin pisar el suelo de su patria, sudamericano trastornado por la sobrecarga láctea.

Al regresar del baño, no pude oír lo suficientemente claro como para distinguir el idioma en que hablaban. Tampoco quise acercarme a descubrirlo, para que en mi mente ellas siguieran siendo parte de esas maravillosas páginas que me aguardaban, cuando averiguara dónde trabajaban esas deidades provenientes de la mismísima *Mother Russia* y también de algunos de los satélites que tan lastimosamente la orbitaron en el pasado, cuando la existencia de la Unión Soviética.

Luego del almuerzo en *Frankies*, mi desesperación aumentó y empecé a interrogar a los latinos en privado, uno por uno; tenía que llegar a ese prostíbulo a como diera lugar. Empecé con el guatemalteco.

—Contame, *please*. Te aseguro que no le voy a decir nada a nadie. Necesito probarme una rusa.

—Mirá, es que nunca he ido, Fede. Solo escuché el rumor, va vos. Te lo juro, cerote. Mirá que si sabía, a huevos que te contaba e íbamos juntos.

Acabé las entrevistas individuales y nadie pudo darme noticia cierta. Definitivamente, se habían puesto de acuerdo en ocultarme las llaves del cielo. Mi enojo se convirtió en rabia y durante un buen tiempo les dirigí la palabra solamente cuando las cuestiones laborales lo demandaban. Me iba a almorzar bien tarde y siempre en lugares distintos a los que antes nos convocaban ante una mesa, para eliminar cualquier posibilidad de encontrármelos. Con la más insultante indiferencia me forjé una armadura y la vestí a sol y sombra para tratar con ellos.

Un día en que me encontraba fumando solitariamente en el patio de la empresa, llegaron junto a mí todos los latinos. Me saludaron y uno de los centroamericanos me dijo que para averiguar lo de las putas rusas había que llamar al colombiano, a Gonzalo, que estaba prestando servicios en la sucursal de Sierra Leona, porque era él quien

conocía todos los burdeles. “Agujero por agujero”, dijo después. Asentí ligeramente con la cabeza y agregué un largo chorro de humo a mi inmovible respuesta. Sin ofenderse por mi reacción, el que había hablado sacó el celular de su bolsillo y marcó un número. Puso en modo *speaker* para que todos pudiéramos oír la charla. Luego de los saludos de rigor y la pregunta del salvadoreño, se hizo presente la amarga frase del costeño Gonzalo a través del altavoz:

—No, no. Párame bolas, marica. Ese es un mito urbano. No hay putas rusas en Ghana.

—Pero, ¿estás seguro, Gonzalo?

—Completamente. Ya quisiera uno, pero no hay prepagos rusas allí. Puro invento, primo.

Cuando el salvadoreño finalizó la comunicación, el día se tornó inmensamente más agrio para todos los que estábamos allí, pendientes del diálogo. Entonces me resigné. Después de todo, los latinos no me habían mentido. Maldije mentalmente a quienes inventaban ese tipo de noticias, maldije a quienes jugaban con la ilusión de seres como nosotros. Esa llamada telefónica fue la pipa latina de la paz. Di por archivado el expediente y mi relación con ellos volvió a ser la que solía. Regresó mi antigua locuacidad, volvieron a realizarse los asados dominicales en mi casa y vestí nuevamente la camiseta número diez en los partidos de fútbol quincenales.

Un tiempo después, el loco Arriaga retornó a Ghana, luego de completar un mes de misión en Ruanda y otro en Tanzania. Una muy buena relación me unía a él, por lo que conduje hasta el aeropuerto y lo llevé a su casa. Cuando hubo terminado de desempacar, Arriaga encendió el computador portátil. Me contó entonces de su visita al memorial del genocidio ruandés en Kigali y la tonelada de huesos humanos que había

visto allí, me contó de sus safaris en Tanzania y de sus pícaras andanzas por la noche de Dar es Salaam. Me habló de un lujoso hotel al que solía ir a cenar, de su exquisita comida japonesa, del casino del lugar y, mientras hablaba, ilustraba sus palabras con fotografías que iban sucediéndose, como las olas, en el monitor de su *laptop*, hasta que intempestivamente llegaron ellas: mujeres de una belleza gélida y frágil. Salté del sofá sorprendiendo a Arriaga y dejándolo en la mitad de una frase.

—No me digas —digo— ¡Rusas!

—Sí, tigre. ¿Y vos cómo sabés, che? —pregunta, perplejo, el loco Arriaga.

Y allí le cuento y él me cuenta. Luego, reímos largo rato. El rumor tenía una base de verdad e interminables capas de mentira que lo ensabanaban como a una momia del Valle de los Reyes. Le hago la pregunta obligatoria y me contesta que sí, que repetidas veces y que su cuenta bancaria disminuyó notablemente en el último mes, “en múltiplos de 500”. Le confieso la más insana de las envidias y sus porteñas carcajadas trepan las paredes y salen por la ventana. La conclusión era que sí, que había putas rusas en el continente, pero no en Ghana, sino en Tanzania, al borde del Océano Índico. El paraíso quedaba muy lejos.

Accra, 2 de mayo de 2010

RUÁNDICAS

*En los ordenadores de la abuela ONU
no caben más cadáveres de Ruanda.*

M. Benedetti

I: Prioridad

"Buenas tardes, amigos. Desde la Radio Televisión Libre de las Mil Colinas (RTL) los saludamos y les recordamos una vez más la amenaza tutsi, las cucarachas que se apoderan de nuestro país, del suelo al que llegamos primero. Ellos representan un porcentaje ridículo de la población. Son una tribu sucia. Tenemos que exterminarlos. Debemos deshacernos de ellos. Es la única solución. Todos los tutsis deben desaparecer de la faz de la tierra. Amigo hutu, si tienes una pareja tutsi, no esperes hasta mañana para matarla, porque ella te puede matar esta noche".

Todos los días podía oír los mensajes de odio de RTL, la radio más popular de Ruanda. Mi guía local, Abdallah, me traducía al inglés el sonoro kinyarwanda. Los micrófonos machacaban día tras día con lo mismo: la caza del tutsi. Las palabras eran el vehículo y el combustible del odio. Estuve allí en esa época que marcó para siempre al pequeño país. Fui enviado por la *National Geographic Society*, para elaborar un reportaje sobre la situación de los gorilas de montaña, casi una década después del asesinato de Dian Fossey, que los estudió y amó como nadie. La radio solo hablaba de las cucarachas y de su necesario exterminio. Su urgente exterminio.

Eran dos las etnias que se disputaban el poder: la mayoría hutu y los tutsi. Habían tenido ya numerosos cruces a lo largo de la historia. El poder estuvo casi siempre en mano de los tutsi. El presidente de ese entonces era hutu. El resentimiento entre las dos etnias era grande. Y los mensajes de la radio azuzaban a la matanza de tutsis. El inmenso poder de las palabras. Las ondas radiales empleadas como un arma para diseminar el odio e instigar la violencia. La radio usada como un arma de destrucción masiva. Las diatribas contra los tutsi, la música inflamatoria que alentaba al exterminio. Un medio de comunicación es un arma de doble filo. Puede ser usado para construir valores y también para destruirlos. Para la mayoría de la gente son sagradas las palabras si salen de un altavoz o están fijadas en tinta. La prensa como instrumento de formación de opiniones. Por algo los poderosos siempre tienen un medio de

comunicación para defender sus intereses. Y tienen también sus marionetas asalariadas que se mueven acorde a sus dictados.

"Derribaron su avión, nuestro presidente está muerto. Fueron los tutsis, no es momento de quedarse con los brazos cruzados. Es hora de acabar con las cucarachas. Hay que sacar las manzanas podridas de la canasta. Hay que aplastarlas. Hay cucarachas huyendo hacia Burundi, que no quede ni una viva, es preciso salirles al paso. A quemar sus casas, a capturarlas y exterminarlas. Hay que partirles los cráneos como cocos, a machetazos".

En Kigali era un secreto a voces lo que se gestaba. Interahamwe, la milicia extremista hutu, había sido entrenada por el propio ejército de Ruanda. Unas treinta mil personas dispuestas a la masacre. El odio fermentado durante años al que le faltaba solo una gota para desbordar el vaso. Pensé en que el ser humano es esencialmente malo. La espina desde que nace ya pincha. El derribo del avión presidencial desató la masacre. Los mensajes de RTLM se volvieron más incendiarios, daban direcciones y nombres de tutsis que debían ser asesinados. No lo pude tolerar más. Decidí pasar a la acción. Estaba dispuesto a cortar la cabeza a la serpiente. Opté por atropellar con la camioneta la antena de la radio. Derribarla. Dejar sin voz a Radio Machete. Lo planifiqué minuciosamente. Los portones de la entrada eran de madera, necesitaba tan solo conducir en línea recta hasta la antena, con el acelerador a fondo. Difícilmente podrían hacerme algo más que cobrarme una cuantiosa multa.

Llegó el día en que debía hacerlo. Pero no me moví. Me acobardé nomás. Si la propia comunidad internacional les había dado la espalda, ¿qué podía hacer un simple periodista como yo? Temí que por mi acción el escudo de piel blanca me resultara inútil. Si uno pierde la vida, ya todo lo pierde. Mi vida tiene la más alta prioridad. Nadie hay en el mundo más importante que uno mismo. Fui el segundo en abordar el avión que vino a rescatar a los extranjeros, dejando el camino libre para el genocidio. Hemos fallado a esta gente: los cobardes *umuzungus* "nos hemos repartido como ladrones el caudal de las noches y de los días".

II: Consejo

Recostado contra la cabecera de su cama, Hakizimana masca con fruición. Sobresalen de su boca algunas hojas de *khat*. Mastica y mira el techo. Hakizimana duda. Ya habitan su cabeza los potentes alcaloides psicotrópicos del *khat*, pero también están allí las dudas. Sabe lo que está pasando afuera, acaba de escuchar la señal en la radio, no ignora lo que significan esas palabras que brotaron del altavoz. Pero flaquea. Los miembros de la guerrilla Interahamwe, movidos a odio y alcohol, están ya en las calles, llenándose de sangre hasta los codos, como Minaya.

Sabe que al transponer la puerta de su casa se encontrará cara a cara con la batalla, con la matanza de tutsis. También sabe que en el otro bando hay vecinos suyos, se encuentran su suegro y sus cuñadas, están sus maestros, sus amigos, los parientes y amigos de sus amigos. Lo sabe y por eso se le inunda el corazón de tristeza, su cuerpo es recorrido por temblores y se eriza con horror su cabello. La boca se le seca y queda amarga, lo que combate mascando las frescas hojitas del *khat*; vegetal cántaro de agua fresca para sus preocupaciones.

De repente, Hakizimana se siente cubierto de piel blanca, ve reemplazado su negro abrigo natural por uno de albino. Si tuviera esta piel blanca podría escapar fácilmente y evitar tanto trato con la muerte, piensa. Al saber que del otro lado hay gente muy cercana a sus afectos, se le cierran los párpados y sus músculos desfallecen. Vaga su mente en todas las direcciones. ¿Por qué levantar el brazo contra ellos? Ninguna gloria veo, no deseo la victoria, dice, y abatido se desploma sobre el duro colchón. ¡Oh mal día! ¿Qué espíritu maligno ha poseído nuestras mentes, cuando estamos dispuestos a matar a nuestra propia gente en el campo de batalla por un reino terrenal?, se pregunta todavía y no es sino en ese instante que oye una voz en su cabeza:

—¡Oh Hakizimana! No desfallezcas. Es indigno dejarse atrapar por el desaliento en la hora de la lucha. ¿Cómo es posible? Esto no es propio de un hombre como tú. Sobreponete a ese mediocre decaimiento y levántate como el fuego que quema todo lo que encuentra a su paso. Te afliges por quienes no lo merecen. Hay una batalla que ganar antes de que nos sean abiertas las puertas del cielo. ¡Felices son aquellos guerreros cuya actitud es participar en esta guerra! No luchar por la justicia es traicionar tu deber y tu honor; es despreciar la virtud.

Las palabras le llegan hasta el fondo. Se levanta de la cama de un impulso. Saca más hojas de *khat* de su bolsillo, masca y mira en todas las direcciones tratando de hallar el origen de la voz. Nada de nada. Únicamente el aullido de la muerte se escucha a lo lejos, un aullido que se acerca. La voz, que había hecho una pausa, habla de nuevo, pero esta vez ya con los decibelios y la energía de una arenga militar:

—Los hombres hablarán de tu deshonor, tanto ahora como en tiempos venideros, dirán que por miedo desertaste del campo de batalla. Haz tu tarea en la vida, porque la acción es superior a la inacción. Es preciso estar a la altura de lo que exige el destino. El tiempo ha llegado. Tu deber es colaborar en la recuperación de lo que es de tu gente. Ve a conquistar tu gloria, vence a tus enemigos y goza del reino que te pertenece. Triunfa sobre ellos en esta batalla. Sin temor, lucha y exterminálos.

La voz calla, pero al parecer ha cumplido su misión, porque en esa habitación no hay una sola esquirola de duda. Hakizimana empuña con firmeza el machete, que pronto manejará como nadie, y sale a la calle.

III: Mascota

A través de una de las ventanas de su casa, Fiete vio a su perro ovillarse a la sombra de un árbol; animal viejo, desdentado, ya sin el humor y la energía de otros soles. Fiete también cambió. Más de una década había transcurrido desde la época en que su mascota era poco más que un cachorro. Siempre que evoca esos ayer es le cuesta evitar una lágrima, un nudo en la garganta o al menos la presencia temporaria de la tristeza. Aquellos fueron días convulsos, en los que la niña que ella era sufrió el dolor de una separación, el abismo de una pérdida, de la incertidumbre filosa como un machete hutu.

Corría 1994. El año lo recordaba con claridad. El genocidio en Ruanda estaba en su apogeo. Dentro de esa tragedia se había insertado otra, menor en escala pero igual de absurda: la indiscriminada matanza de perros. Los soldados de la ONU tenían orden de

no intervenir en el conflicto interno y para que la inacción no los acabara conduciendo a la locura, disparaban contra los perros, los cientos de perros que devoraban los cuerpos insepultos, cadáveres que en las calles eran legión. Terminado el genocidio, la matanza de perros continuó, pero no morían ya por el plomo de los uniformados, esta vez eran los pobladores quienes les daban muerte, porque se habían acostumbrado al sabor de la carne humana y la buscaban en las calles, atacando transeúntes.

Gratitud. Fiete guarda un buen recuerdo de su padre, por la certeza de su actuar. Apenas iniciado el genocidio y enterado de las primeras muertes caninas, el hombre colocó al perrito en una bolsa arpillera y se lo llevó a Burundi, a casa de unos parientes. Si la mascota hubiera permanecido en Kigali hubiera terminado también llena de plomo o linchada por la plebe. Niña como era, Fiete sufrió mucho al principio, sollozó por la ausencia de su perrito. Lo creyó muerto y pensaba que le decían lo del viaje lejano solo para edulcorarle la verdad. La jugada paterna fue inteligente.

Imposible olvidar aquella tarde lejana, un mes después del fin del genocidio, cuando su padre le dio la gran sorpresa. Entró por la puerta con una bolsa en la espalda. Llegó hasta la cocina y liberó el contenido. Un perro que movía la cola con desesperación se hizo presente. Fiete saltó de la mesa y abrazó a su mascota, algo crecida desde la última vez que la había visto. El rostro sonriente que su padre mostró en ese momento sería a partir de entonces el primero en presentársele cuando evocara su imagen. Fiete se sintió una privilegiada, al ser la dueña de uno de los pocos perros que habitaban la Kigali de ese entonces. Lo llenaba de mimos, aunque a veces la sorprendía un sentimiento extraño al mirar a los ojos de su perro: unos ojos irremediabilmente tutsis.

IV: Pasado

Desidia. Omisión de auxilio. Tus manos están manchadas, empapadas. Hay pecado de omisión. Lo sabés y esa certeza está siempre en tu cabeza, taladrándola como una caries. Suena el timbre. Es el servicio de habitación. La comida que ordenaste. Demoró muy poco. No se podía esperar menos de un hotel de cinco estrellas. Abrís y el mozo entra con la bandeja repleta de manjares. Das una buena propina, como si eso pudiera alivianar tu carga, pero ya aprendiste que hechos aparentemente mínimos pueden, en retrospectiva, ser puntos de inflexión. Ves al mozo agradecer y retirarse, contento, cincuenta dólares más rico que antes de tocar la puerta.

Ocupás el sofá y cenás frente al enorme televisor apagado. Siempre apagado, por si... El champagne sirve para coronar la exquisita comida. Te levantás y corrés una cortina. El octavo piso despliega ante tus ojos la postal de un paisaje urbano. Solo por el tono de derrota que infiere la iluminación artificial te das cuenta de que ha entrado la noche. Un recuerdo repentino te genera unas sacudidas leves, como si se tratara de un terremoto minúsculo.

Entrás al baño a cepillarte los dientes. Intencionalmente evadís las réplicas que ofrece el espejo, algo que hacés siempre desde aquella época. Aseo bucal concluido. Ahora abrí una de tus maletas. La que es completamente blanca. La que lleva la cintas de *Fragile y Priority*. Con desesperación empezás a sacar candelabros, linternas, velas, cerillos, faros a batería. Colocás velas en todas las habitaciones. La linterna queda bien a mano, sobre la mesita de luz. El faro a batería mira desde una esquina, su ojo de cíclope todavía apagado.

Pensás un rato en lo que hubiera pasado de haber compartido lo que decían esos papeles que te enviaron desde Ruanda, cuando ejercías la jefatura del Departamento de Misiones de Pacificación de Naciones Unidas. El reporte del general canadiense informaba que a nivel país se estaba preparando una masacre, que el ejército ruandés entrenó a las milicias extremistas hutu para gestar un genocidio contra los tutsis, que un derramamiento de sangre pronto a estallar se estaba incubando.

El aviso pudo haber puesto en alerta al Consejo de Seguridad. Si pudieras volver atrás y tener otra vez la oportunidad de pasar la voz... Sabés que se hubieran evitado muchas muertes, que se hubiera podido armar una campaña de confiscación de armas. Sabés que no tendrías en tu conciencia esa herida que no se cicatriza y que tu Premio Nobel de la Paz no te sabría a un oxímoron, a un sarcasmo sangriento.

La maleta extra empezó a acompañarte siempre desde aquel año. En tu casa hay dos generadores, por si la energía comercial se corte. Pero cuando viajás, y lo hacés mucho, no podés fiarte de que el hotel posea energía de respaldo. Por eso la maleta blanca, repleta de artefactos luminosos. Maleta por la que tenés que pagar extra cuando hacés *check-in* en los aeropuertos. Un peso excesivo pero nunca tan pesado como el de tu conciencia. El descomunal yunque que se agiganta en tu conciencia.

Primero fue solo pagar las culpas en largas cuotas de insomnio, pero después vinieron ellos. No podrás olvidar la noche en que te visitaron por primera vez. Desde entonces, siempre te ha resultado terrible la hora de dormir. No querés volver a escuchar el kinyarwanda. Desde esa vez no pudiste volver a dormir sin luz. Por eso llevás la maleta salvadora. Adonde vayas. Y por eso ahora, mientras estás entre las sábanas y con todas

las luces encendidas, hay también velas iluminando la habitación. Porque sabés bien que en la oscuridad los ochocientos mil fantasmas tutsis te hablarán otra vez al oído.

RIQUEZA INTERIOR

Para Humberto Bas

Soy el último amigo que le queda a Jeremías. Fuimos vecinos toda la vida, compartimos la infancia y atravesamos juntos el accidentado camino de rocas de la adolescencia. Digan lo que digan, yo estaré con él hasta el final. Podría decirse que todos los trofeos de goleador que vieron sobre el aparador de la sala se los debo a él. Tantos torneos interbarriales hemos conquistado y casi todos gracias a él. Yo marcaba los goles, pero era Jeremías quien me alimentaba de balones. Yo era Schevchenko y él era mi Rebrov, escudero silencioso que labraba las jugadas y me hacía llegar la pelota, vía pases telepáticos, entre laberintos de piernas rivales. Yo entraba al área justo cuando su diestra zurda metía el balón para romper el fuera de juego, la sincronía era perfecta y me tocaba tan solo empujarla. Para mí eran los gritos del público, los récords de goleador y los flashes de la gloria. Él estaba contento con su papel de líder en la sombra, de sol abrazado de nubes.

Con el paso del tiempo, Jeremías acabó una carrera universitaria. Algo de poco repetida suerte y su buen manejo del inglés lo llevaron a encontrar trabajo en un banco multinacional, cuando mediaba la década del 90. Tenía como base a Ghana, un país que llegó a adoptar como suyo y del que hablaba en términos casi amatorios. El calor eterno del lugar tenía no poco que ver en ese amor confeso, porque quienes lo conocemos sabemos que Jeremías es un friolento de primera magnitud. En una ocasión, antes de volver a Paraguay, tuvo que ir a Sierra Leona, solo por una semana, el tiempo necesario para conseguir una visa de entrada múltiple, en la embajada que Ghana tenía en Freetown. Después de sufrir los papeleos de rigor, decidió entregarse al turismo hasta que la visa estuviera lista. Recorrió la capital primero, alquiló después una camioneta y manejó hasta Kono, al este de Sierra Leona, un territorio rico en diamantes. Según Jeremías, el distrito de Kono tenía el suelo más agujereado que un hueso en romance con la osteoporosis. Tierra acribillada a golpes de pala; montañitas de color cobre provenientes de la tierra excavada. En el suelo de Kono dormitaban las piedras

preciosas y encima de él se movilizaban los rebeldes del Frente Revolucionario Unido y los militares que los combatían.

El día en que llegó a Kono todo cambió. Punto de inflexión en su vida. La historia nos la contó miles de veces sin contradecirse jamás. Yo podría repetirla palabra por palabra. Jeremías conducía su camioneta por sobre la superficie *gruyère* de Kono y por una urgencia de vejiga se detuvo a regar el tronco de un baobab de poquísimas hojas. Cuando la tierra caliente se bebió las gotas rezagadas, Jeremías vio claramente a pocos metros un fragmento rojizo que brillaba en complicidad con el latoso sol de enero. Se acercó y pudo entender que se trataba de un pequeño diamante, “rojo como aceite de palmera”, según sus propias palabras, una pieza de gran hermosura y de todavía mayor valor comercial. Esa piedra se le antojó como la repentina solución a todos sus problemas financieros: los diamantes rojos son muy bien cotizados por su escasez y belleza.

Tomó la piedra entre sus manos y la levantó como a una copa hacia el cielo del mediodía. El silencio era espeso, cargado de sospechas, obviamente culpable de algo que no podía ocultar, un delito que su lenguaje corporal y ese abundante sudor delataban sin ambigüedades. El rugido de un motor a la distancia produjo estrías profundas en el silencio y logró que Jeremías volviera del ensueño al que lo indujo la preciosa piedra. Subió al techo de la camioneta y con sus binoculares pudo ver que un camión repleto de soldados camuflados se dirigía hacia él, a toda máquina. El vehículo venía radiante bajo el solitario sol de la hora sin sombra. No alcanzaba el tiempo para emprender una huida. Los diamantes de Kono eran extremadamente importantes para los rebeldes, pues los intercambiaban por armas a un liberiano señor de la guerra; eran las leñas del conflicto, preciosas rocas coaguladas de pólvora y polvorientas de sangre.

Nunca pudo determinar si los soldados que venían eran del ejército o de los rebeldes. Para dedicarse a la minería de diamantes, aún en baja escala, había que portar una licencia. Licencia que, por supuesto, se compraba y con la que, como era de esperarse, Jeremías no contaba. Sabía que si los uniformados lo encontraban con ese

diamante su muerte sería instantánea. En aquellos tiempos, en Sierra Leona importaban todavía un poco menos los incidentes internacionales. Jeremías no quería perder la preciosa roca por nada del mundo. Entonces, sin pensarlo dos veces, se la tragó en seco, veloz como un acto reflejo.

Espinado de ametralladoras, el destartado camión llegó hasta su posición. Una veintena de soldados saltó de las entrañas del vehículo. El que sin dudas era el jefe, se dirigió a Jeremías en idioma krio primero, y en inglés luego. No obtuvo respuesta porque Jeremías estaba mudo de pavor y con los brazos en alto. Los soldados le revisaron, lo llamaron *orpotho* y "desteñido", le robaron la billetera, el reloj y la camioneta alquilada, lo empujaron y le escupieron nada más que un poco. Alguna AK47 masajeó su nuca en una caricia enternecedoramente bruta. Como nada encontraron, los soldados se fueron y Jeremías quedó dando gracias al cielo porque le permitieron conservar la vida.

Luego del incidente y ya en Freetown, retiró su pasaporte con la visa y regresó a Paraguay a disfrutar de sus vacaciones. Acabadas las mismas, debía retornar a Ghana, pero jamás volvió a pisar suelo africano. Renunció a su empleo y su obsesión se convirtió en el diamante que tenía adentro, el diamante que se ocultaba en alguno de los vagones del tren de su estómago. Incurriendo en lo que algunos llaman el primer signo de su locura, al diamante que se había tragado lo bautizó como Deimi (¿una personificación estrafalaria? Sí, pero también paternal). Deimi pasó a ser como uno más de nosotros en las reuniones de amigos.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, pero intuyo que Deimi no tarda en salir.

Cuando Jeremías iba al baño no tenía trato directo con un inodoro común sino que en un recipiente de aluminio hacía eso que la hipocresía social traduce como "sus necesidades" y que en algunos libros españoles se conoce como "aguas mayores".

Jeremías va al baño y nada se arroja directamente al río que dormita en el inodoro. Hay filtro allí; un laboratorio químico habita entre esas paredes. Las arenas son interrogadas, se las mece como en una cuna, en busca de pepitas de oro; el recipiente es como un bebé que llora y que es afanosamente columpiado sobre una hamaca de cúbitos y radios.

—¿Algo de Deimi?

—Todavía nada.

Uno de nosotros le sugirió el uso de un remedio yuyo, una hierba medicinal que encerraba un poderoso laxante natural. Lo probó, sin éxito. Otro recomendó un infalible cóctel farmacológico que podía “hacer caer hasta porciones del intestino”. Nada. No hubo resultados positivos. El caprichoso diamante seguía negándose a abandonar la oscura cueva que le daba cobijo. Nuestro grupo se dividió entre quienes dudaban de él y entre a quienes preocupaba. Estos últimos, tras mucha insistencia, logramos que lo viera un psicólogo. Casi todos sostenían que lo más probable fuera que él haya defecado enseguida y enviado así el bendito diamante a las cañerías. Pero Jeremías aseguraba que no, que para nada, que todavía guardaba la riqueza en su interior, como una ostra de labios sellados. Jeremías comulgaba con aquel viejo pensamiento: en tu interior está la solución a todos los problemas. Lo importante no es lo externo, sino lo que llevas adentro. Estaba completamente seguro de eso y por ello empapelaba de fotos de diamantes las paredes de su habitación y esperaba, aguardaba pacientemente porque estaba convencido de que su tiempo llegaría. El psicólogo mencionó algo así como “la identificación con un objeto amado” o alguna parrafada que no sirvió de nada en lo absoluto.

Los amigos empezaron a abandonarlo de a poco. Al Jeremías monotemático dejaron de visitarlo diciendo que su charla era de mal gusto. Todos lo condenaron al ostracismo, espantados por su repetido monólogo escatológico, por su indecente obsesión excremental.

Yo le creo y soy su amigo, soy la última persona que puede conjugar esos verbos en tiempo presente. No lo voy a dejar y seguiré apoyando su relación tantálica con la gema en la que tiene cifradas todas sus esperanzas para el futuro. Porque Jeremías está absolutamente convencido de que, de un momento a otro, va a llegar la deposición millonaria que lo elevará a un nivel de vida diferente. Y sé que cuando eso pase, él sabrá recompensar mi fidelidad y confianza inagrietables.

Accra, 9 de mayo de 2010

FANTASMAS

El albino llegó esposado. Su primer día en la prisión no lo voy a olvidar jamás, especialmente debido a que el dolor de codo por el cachiporrazo recibido apenas me dejó dormir. Era de tardecita y todos estábamos ya en nuestros aposentos. Dos oficiales lo escoltaban a través del largo pasillo entre las celdas y en medio del bullicio de los presos, que gritaban –gritábamos– *biashara!*¹ y *hela!*², acompañándolo todo de carcajadas macabras. Innumerables brazos se colaban entre los barrotes tratando de tocar al nuevo prisionero; al pasar, los policías golpeaban con furia las extremidades que no eran retiradas con demasiada velocidad.

Hace cinco años que estoy encerrado aquí y nunca antes tuvimos a un albino como inquilino. Hay gente de Burundi, de Kenia y, por supuesto, los tanzanos somos mayoría. *Mzungus*³ suele haber, pero salen enseguida, dinero mediante. Los más antiguos cuentan que ya antes hubo otro albino, uno de Morogoro. Dicen que duró muy poco. Antes de una semana fue despedazado y nunca se supo de los afortunados autores, quiero decir: los presos nunca supieron.

El amanecer trajo consigo el primer día en prisión de aquel albino al que todos empezamos a llamar –como es natural– Zeru-Zeru, el *mzungu* negro. Estaba solo, se movía por el patio como un zombi silencioso. Nadie se le acercaba, pero todos lo observábamos. Conversaciones en susurro. La piel era de una absoluta blancura, solamente interrumpida por esporádicos y oscuros islotes. Yo estaba recostado contra un poste, masticando la hoja de una hierba y vi que el albino venía hacia mi ubicación. Al pasar frente a mí, le dije: Bienvenido a la prisión de Ukonga, Zeru-Zeru. El albino se detuvo y me miró con esos rojos ojos de conejo, en los que pude leer la rabia. Sin amilanarme le sostuve la mirada, después lo vi alejarse sin apuro.

Cuando acabamos de almorzar, Elimu nos dijo que a la hora del baño daríamos a Zeru-Zeru el bautismo de bienvenida. Todos sonreímos, alegres por la diversión inminente. Elimu era el jefe entre los presos, no por ser el más antiguo, sino por ser el más inteligente o el más caradura, era el que tenía los contactos con gente de afuera y buenas relaciones con las autoridades de la prisión. Alguien una vez insinuó que era un policía encubierto; ese alguien, como era de esperarse, reposa ya bajo tierra. Yo era algo

así como el brazo derecho de Elimu, o al menos eso me hacía creer. Me gustaba verme a mí mismo como un líder en la sombra, siempre a la sombra del jefe.

Nuestro intento de bautizar a Zeru-Zeru resultó un fiasco. Fuimos entre tres para sorprenderlo en la ducha. Mientras el agua caía sobre su cuerpo de algodón lo atacamos a puñetazos. O eso tratamos. Porque el albino acabó con nosotros en un instante, tenía fuertes músculos y a pesar de su tamaño se movía con gran velocidad. Nos llenó de rodillazos, patadas, codazos y trompadas. Yo recibí un duro golpe de derecha que convirtió mi tabique nasal en un oleaje rojo.

Con seguridad, la vida le había enseñado a combatir así. Haber nacido con piel blanca entre negros, ser blanco pero sin la plata de los blancos, tener que vérselas con las burlas en la escuela y los ataques en el barrio... Solo se puede confiar en los puños cuando el infierno son los otros. Yo no reflexioné sobre esto enseguida, sino un poco después, mientras atendían mi nariz sangrante en la enfermería. Me expliqué así la razón por la que Zeru-Zeru estaba en guardia permanente, como un felino: quien alguna vez fue mordido por una serpiente teme hasta a un trozo de cuerda.

Yo entiendo que ellos no tienen la culpa de que las partes de su cuerpo sirvan a los brujos para preparar brebajes y amuletos de la buena suerte. No tienen culpa de que sus miembros mágicos tengan tan alta cotización. Pero las cosas son como son. Las pócimas preparadas por los hechiceros, con fragmentos pulverizados de cuerpos de albino, sirven a los mineros como un escudo para evitar los derrumbes, los ayudan a encontrar las mejores vetas, los yacimientos de diamantes y tanzanitas. Los pescadores saben que si amarran a sus redes un pedazo del cuerpo de un albino cazarán peces enormes en el Lago Victoria, y no pocas veces los estómagos de esos peces albergarán oro. Cualquiera persona puede beneficiarse con un talismán de la suerte.

Los brujos de la magia negra dicen que beber la sangre de un albino puede hacer a alguien millonario. Sé de algunos vecinos del barrio que así escaparon de la miseria. Agradezco haber nacido cubierto con piel negra. Pienso en lo duro que ha de ser la vida de estos falsos *mzungus*, sentirse acechados como animales del monte, donde tus perseguidores, si no llegan a matarte, te dejan mutilado. Así son las cosas. Para un hombre de talco el sol es un enemigo que quema y trae el cáncer invasor, pero mayor enemigo son los demás. Nada se puede hacer para torcer el rumbo de lo que hay. Si los

brujos lo dicen es porque es verdad; les tememos más a ellos que a Dios, porque a ellos los podemos ver.

Poco después nos enteramos de que Zeru-Zeru entró a prisión porque asesinó a cuatro brujos de magia negra. Los brujos tenían gran parte de la culpa de la cacería de albinos que estaba en marcha. Eran ellos los que aseguraban que una nariz de albino ayudaba a olfatear las mejores vetas del mineral anhelado, que cualquier trozo pulverizado de su cuerpo atraía la suerte. Amuleto con la propiedad mágica para sacar de su escondrijo la riqueza que duerme bajo la tierra y convertirla en riqueza sobre la tierra, en riqueza al portador.

En una misma noche, Zeru-Zeru fue a buscar a los cuatro brujos más famosos de Dar Es Salaam. Entró a sus casas y los agujereó con un cuchillo de cocina. Mismo procedimiento; misma arma homicida. Repartió los intestinos por las paredes de las casas vecinas. Después fue directamente a la comisaría, a entregarse. Cuando le preguntaron el porqué, dijo que él era solo uno, y al matar a esos cuatro brujos que propiciaban la muerte de gente como él, se salía ganando. Se sacrifica uno para que muchos tengan una vida mejor. Ahora, no habiendo brujos, la comunidad de albinos vivirá mejor. Esa fue la información que circuló en la prisión. Desde entonces, a Zeru-Zeru empezamos a mirarlo con un respeto que tenía mucho de temor.

A Elimu no le gustó para nada la noticia de nuestra fallida misión. Me dio un golpe tan duro que tuve que volver a la enfermería con el vendaje empapado de sangre. Supe que organizó otro ataque contra el recién llegado. Yo no formé parte, me hizo a un lado como represalia por el fracaso. Fue durante la hora del almuerzo. Lo abordaron entre varios pero el albino pudo más. Era demasiado veloz y fuerte. Volvió a repartir golpes con sus millonarios miembros, pero esta vez también se valió de platos y sillas. Los guardias intervinieron y todos fueron confinados a las celdas de aislamiento por una semana.

Para cuando abandonaron el encierro, Zeru-Zeru era ya toda una celebridad. Aunque seguía sin hablar con nadie, sé que podía sentir ese respeto. El que fuera fuerte, resuelto y que matara a sangre fría a poderosos brujos le daba una autoridad innegable. Incluso Elimu había decidido dejarlo en paz, al menos en apariencia. Porque yo, que lo conocía bien, podía estar seguro de su resquemor por haber visto aplastada su autoridad por primera vez.

La llegada de Klaas a la prisión fue también una novedad, pero no tanto como el ingreso de Zeru-Zeru. Klaas era blanco, pero no por el albinismo, era un genuino *mzungu* europeo. Hablaba holandés e inglés, por lo que no muchos podían comunicarse con él. Era muy flaco, llevaba pocos meses trabajando en Tanzania y tuvo la mala fortuna de arrollar a un niño, mientras conducía su motocicleta por las calles de Dar, completamente ebrio. No tenía mucho dinero, por lo que terminó en la cárcel y le tocaría pasar unos años aquí. Fue exitosamente sometido al bautismo de bienvenida y en Elimu se vio algo de orgullo recuperado, volvió a él parte de su antiguo humor.

Que Klaas se juntara con el albino nos pareció algo inevitable. Pero bien pensado, aparte del color de la piel nada parecía hermanarlos. No podía haber sujetos más diferentes. Zeru-Zeru era corpulento y temido. Klaas era pequeño y parecía un masái del Serengeti, un inofensivo pastor de cabras. El albino era un lobo o una oveja disfrazada de lobo en tanto que Klaas no era más que un pajarito indefenso, una oveja disfrazada de oveja. Zeru-Zeru fue su compañero y protector, hicieron buenas migas desde el primer momento. Se los podía ver juntos en el patio, bajo el techo de zinc, los dos seres de cal sentados, sin hablar, solo mirándose. El uno no hablaba suajili y el otro no descifraba las lenguas europeas. No se entendían, pero hay un lenguaje de la desesperación que sale a relucir en las situaciones o lugares difíciles (y, créanme, una prisión lo es). Cuántas historias hay de situaciones límite —barcos que se hunden, aviones que se caen— donde anónimos héroes que no entienden nada de lo que les dice la gente en aprietos, sabe que esas sílabas extrañas significan, ayúdeme, tengo el brazo roto, me desangro.

No es fácil sobrevivir en la prisión, sobre todo si uno no quiere seguir las imposiciones del que manda. Al ver a Zeru-Zeru tan contento con su nuevo compañero, el resentimiento se apoderó otra vez de Elimu y decidió que ambos debían morir, como escarmiento. Se fijó un día para el ataque. Todo estaba bien planeado, algo a lo que nuestro jefe nos tenía ya acostumbrados. Yo iba a formar parte de la comitiva. Iba a tener mi revancha, la oportunidad de reivindicarme. Seríamos doce los asesinos. Ni siquiera el poderoso Zeru-Zeru se veía capaz de repeler a una docena de hombres armados de objetos agudos que buscarían clavarse en órganos vitales. ¿Cuándo? Dentro de dos días. ¿Dónde? Este mismo patio era el lugar elegido para atravesar de estoque la vida de los dos blancos. Ellos, por supuesto, nada sabían. Los recuerdo ahí, sentados

uno frente al otro en ese lugar, indiferentes al mundo, ojos azules mirándose en ojos rojos.

En la mañana de la víspera del día fijado, noté que Zeru-Zeru tenía parcialmente vendadas las manos. Esto facilita enormemente las cosas, pensé. Uno de los presos que sirve en el área de enfermería me informó que el albino había perdido los meñiques de ambas manos: un accidente de trabajo en el taller. Me llamó la atención la simetría del percance. Al enterarse, Elimu se puso contento, porque sabía que esta vez era imposible fallar. Doce hombres contra un europeo escuálido y un albino de manos lesionadas. El único resultado posible era la victoria, el triunfo de su plan, el río que vuelve a su cauce.

Zeru-Zeru y Klaas escaparon de prisión el día en que los íbamos a matar. No tuvieron que cavar túneles ni esconderse en el camión de la lavandería como en las películas de Hollywood. Salieron caminando por la entrada principal. Compraron el silencio y la complicidad de la autoridad penitenciaria. Allí me acordé de los dos valiosos meñiques del albino. Todo, todo se redujo a una cuestión anatómica. Klaas entregó una parte de su anatomía al albino (era el rumor) para obtener su protección. Después, un meñique del albino compró la libertad del albino. Y su otro meñique compró la libertad de Klaas. Flaquitos son los dedos que señalan la salida hacia la continuación de la vida. Bien mirados, los meñiques no son demasiado necesarios. A Zeru-Zeru todavía le quedan tres dedos y el pulgar oponible en cada mano. La libertad vale más. Había decidido voluntariamente entregar una parte de su anatomía para — una vez afuera— seguir viviendo la historia que había comenzado con Klaas dentro de los muros de la prisión. Una historia de amor entre fantasmas.

(1) Biashara: del suajili, negocio.

(2) Hela: del suajili, dinero.

(3) Mzungu: del suajili, hombre blanco.

PASSING SHOT

En un local bailable de Kinshasa conozco a Evetta, una congoleña escultural. Según ella, amor a primera vista. Alboroto de hormonas, de acuerdo a mi lectura. Terminamos en la habitación de mi hotel y al amanecer vamos a desayunar tomados de la mano, como si lleváramos al menos un año en una relación a la que la rutina no le había aún roído los cimientos. Es bonita y pertenece a la clase alta de este país. Cuatro generaciones de su familia han estado ligadas al círculo más poderoso del gobierno: senadores, ministros, diputados. Su padre es el actual el Ministro de Minas, puesto que ya alguna vez ocupara su abuelo.

Por la tarde me lleva a *Elais*, un club social y deportivo que cuenta con unas instalaciones más que regulares: piscina, cancha de básquet, de fútbol y tres de tenis. La misión es enseñarle a jugar el deporte blanco; traemos prestadas las pelotas y raquetas que su hermano hace tiempo no usa. Antes de empezar, vamos a la cantina a tomar algo para combatir el calor. Yo apenas puedo esperar para ver su fabuloso cuerpo mezclarse con el polvo de ladrillo y el sudor; me viene a la memoria el zangoloteo nocturno de unos senos oscuros, tan grandes como duros, senos capaces de destruir por contacto cualquier amago de intolerancia a la lactosa.

De pronto, a la mesa en la que estamos sentados se acerca un sujeto. Por el beso en la mejilla y el estallido de alegría puedo entender que se conocen. Evetta me lo presenta. Su nombre es Tenge, va vestido de tenista y una carísima raqueta sobresale de su espalda como un carcaj de flechas de oro. No me cuesta trabajo imaginar que se conocen por el círculo en el que se mueven, hijos de empresarios, gente ligada al gobierno, ciudadanos de primer nivel, los que pueden darse el lujo de venir a estos clubes absurdamente caros y conducir camionetas del año. Tampoco me cuesta imaginar que quizá hayan sido amantes en el pasado, novios incluso. Lo cierto es que no me importa en lo más mínimo, porque ahora me toca a mí; soy yo el adjudicado para explotar las nalgas recias que carga Evetta.

Tenge me tiende la mano. La fuerza del apretón y algo indefinible en sus ojos, que se parece al desafío, no hacen más que acrecentar lo que antes pensé. Dice algo en lengua lingala o tshiluba, algo que por supuesto no entiendo y que Evetta responde enseguida. Seguramente pregunta si soy su novio y ella quizá le replica, con esa sonrisa pícaro, que no soy más que su mascota temporal, o que nos usamos mutuamente. En la mirada del examante veo llamear al resentimiento contra el blanquito que viene de un país también tercermundista a acostarse con sus diosas locales. Pienso que Tenge tal vez se pregunta por qué nunca le pidió a él que le enseñara a jugar al tenis.

Ante la insistencia de la dama, Tenge toma asiento. Ninguno de nosotros supera los treinta años, aunque con los africanos la edad es algo muy difícil de precisar. Lucen siempre más jóvenes de lo que son. El viento agita la cabellera lisa de Evetta; lo que en realidad agita es su peluca de cabello liso. La mayoría de las mujeres de clase alta de este país usa una, porque el cabello natural les brota muy fino y con tendencia a formar rulos. Siendo franco, es un detalle para mí insignificante, pues no es el cabello la parte que más me gusta de su cuerpo.

Dialogamos un rato como si fuéramos viejos amigos. Me entero de que Tenge estudió en Bélgica y que vivió en Madrid un par de meses, por lo que tiene la insana convicción de que sabe hablar español. Lo intenta. Trato amablemente de seguirle el hilo pero su manejo es de un nivel muy pobre, por lo que al poco rato estamos hablando en inglés y allí sí la conversación se hace fluida. Evetta me cuenta que Tenge es nieto de Mobutu y me mira a la cara esperando una reacción. Ante lo inmovible de mi actitud, pregunta si sé quién fue Mobutu, a lo que afirmo con un leve movimiento de cabeza. Se abre un incómodo paréntesis de silencio. Tenge se levanta entonces y sugiere que juguemos al tenis. Abro la boca para decir que tengo que dar lecciones a Evetta y ella dice, antes de que yo pueda articular una sílaba: buena idea, quiero verlos jugar a ustedes. Miro los ojos del congolés y otra vez allí la mirada desafiante.

Evetta se levanta y al ver ese *short* que apenas puede contener el ímpetu de sus nalgas asesinas me provoca un amago de erección que rápidamente logro dominar, recurriendo a una técnica leída en Internet. Nos dirigimos a la cancha, las tres están libres, por lo que tomamos la menos mala. Iniciamos el peloteo y a los cinco minutos, el partido. Dejo que Tenge saque primero, confiado en mis capacidades defensivas. Mi intuición es buena. Quiebro su servicio en blanco, cerrando el juego con un *smash* incontestable como un axioma. Tenge sube a menudo a la red pero su defensa es prácticamente tan mala como su español. Lo lleno de *passing shots* sin ningún esfuerzo. La mujer celebra los aciertos de mi raqueta, lo que no hace más que enfurecer y acrecentar los errores no forzados de su examante.

Me pongo a pensar en lo que estoy viviendo. Tengo del otro lado de la red al nieto del dictador que desangró a este país durante más de treinta años, la versión africana de Stroessner. Zaire se llamaba, durante el gobierno de Mobutu, el país que ahora lleva el mentiroso nombre de República Democrática del Congo. Pienso en Mobutu y en la corrupción, pienso en el rey de Zaire y en su culto a la personalidad, después pienso en la cleptocracia como forma de gobierno (se sabía que su fortuna personal excedía el valor de la deuda externa de su patria). Concluyo que el buen pasar actual de Tenge y mi amiguita congoleña se deben a ese pasado, a la gente vinculada al gobierno que se dio y se da la gran vida, en un círculo vicioso de no acabar.

El servicio de Tenge tiene mucha fuerza, pero raras veces acierta el recuadro correcto. Su segundo saque es lento y no muy difícil de retornar. En 1972, el abuelo de mi oponente se cambió el nombre a "Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbendu wa Za Banga", que significa "El guerrero todopoderoso que, debido a su resistencia y voluntad inflexible, va a ir de conquista en conquista, dejando el fuego a su paso". Veo que el nieto heredó poco de esa cacareada capacidad de Mobutu. Al menos eso es lo que parece demostrar el doble 6-2 con que muerde el polvo de ladrillo de la derrota, merced a una modesta raqueta sudamericana.

PRIMERA SEMANA

Lo que publicó en *Twitter*:

Esperando el vuelo a Ámsterdam (@JFK Airport).

¡Mi primer viaje fuera del país! #incertidumbre

RT @phantom1309: Te quiero con la certeza de los tiros libres de Shaq | Jajaja, ¡amor errático!

Gente, mucha gente en el aeropuerto. Parece ser cierto eso de que somos los turistas por excelencia.

¡Qué aburrida hubiera sido la espera sin mi iPhone!

América-Europa-África = EE.UU.-Holanda-Ghana = Nueva York-Ámsterdam-Accra

Un café siempre ayuda (@StarBucks).

Acomodado en la sala de embarque. Me esperan dos meses en #ghana #africa

Iniciaremos el despegue. Chau @susan1990.

Ya en Ámsterdam, ahora en otro avión, listo para ir a Accra. Tuve muy poco tiempo para ver este aeropuerto.

Definitivamente no recomiendo viajar con los idiotas de Hipalage Travels: apenas una hora y minutos para tomar la conexión :(#FAIL

Ya aterrizamos en el Aeropuerto Internacional Kotoka de Accra, Ghana.

El aeropuerto no aparece en *foursquare* para hacer *check-in*: mala señal.

El vuelo Amsterdam-Accra sirvió el peor pollo que comí en mi vida. Como para volverse vegetariano. #klmsux

¡Qué buen invento esto del *roaming*! Se porta bien AT&T.

¡Espero que los voluntarios hayan tenido la voluntad de levantarse a esperarme a las 3 a.m.!

Veo varios blancos entre las personas que esperan a los recién aterrizados. ¡¿Serán ellos?!

Sí, eran los de *Live Abroad*, alzaban un letrero con mi apellido (B en vez de V).

Vamos ya camino al lugar donde me hospedaré.

¡Hola Tuiterlandia! Después de unos días de ausencia en la red estoy de regreso.

“Still AK47”, decía la calcomanía en la parte trasera de un tro-tro que vi.

Hoy saqué LA FOTO, una imagen que vale más que mi Canon G11.

El *e-mail* que envió a su novia Susan:

Hola nena. Llamé en dos ocasiones a tu celular y me atendió el contestador, habrás escuchado mis mensajes de voz. Soy ya el nuevo africano. Hay muchas cosas diferentes a Estados Unidos, demasiadas. Para no preocuparte no te contaré de los baños fríos a puro baldazo ni de las veces en que se va la electricidad y menos todavía de la flota de mosquitos en permanente ataque. Hay buenos restaurantes pero son muy caros, porque están pensados para los expatriados que pueden pagarlos. Comida india, china, japonesa, francesa, nombralas vos. Un almuerzo en uno de estos restaurantes puede llegar a costarte 25 dólares, cuando en un puesto de comida local podés comer por un dólar. Claro, el menú es bien distinto. Hoy comí tilapia con arroz *jollof*: delicia impagable.

En el paseo central de una larga avenida llamada Independence se levantan muchos árboles y entre sus ramas hay murciélagos. Ejércitos de murciélagos. Los ves cabeza abajo todo el día y de tardecita salen en bandadas a cubrir el cielo. Tengo fotos con mucho *zoom*. Hablando de eso, también fui al Makola Market: un mundo rico en olores y colores. Subiré todas las imágenes a *Flickr* este fin de semana. Tengo una foto espléndida: una madre ghanesa amamantando a su hijo albino. Seguramente Benetton

ya publicó algo así, pero esta fue capturada por el ojo de mi cámara. ¿Te acordás de ese cuento sobre los albinos africanos?

Los vehículos del transporte público se llaman tro-tros, son unos minibuses y están siempre llenos. Hoy vi una batalla campal cuando uno de ellos se detuvo en la parada. Por todos los flancos la gente invadía el vehículo, se metían hasta por las ventanillas. Feroz competencia por el espacio. Otra cosa: mi nombre aquí es Kwabená. Los Akan se colocan el nombre de acuerdo al día de la semana en que se produjo el nacimiento. Te paso el listado básico:

Domingo: Akwasí para hombres y Akosua para mujeres.

Lunes: Kwadwó para hombres y Adwoa para mujeres.

Martes: Kwabená para hombres y Abenaa para mujeres.

Miércoles: Kwakú para hombres y Akua para mujeres.

Jueves: Yaw para hombres y Yaa para mujeres.

Viernes: Kofi para hombres y Afia para mujeres.

Sábado: Kwámè para hombres y Ámmá para mujeres.

Ahora ya sabés en qué día nació Kofi Annan. En este listado están los básicos, pero hay variantes para cada uno. Hay nombres para gemelos, para circunstancias especiales, para el orden del nacimiento (yo, como primogénito, soy Arko) y un prolongado etcétera.

El trabajo que hacemos es gratificante. Estamos construyendo unos muros y también pintamos las aulas de una escuela pública. Poder darles una mano te llena de satisfacción, puedo imaginarme la alegría de los chicos cuando regresen de sus vacaciones y encuentren las aulas bien pintadas.

¿Cómo va todo por Nueva York? Vi que los Cavaliers ganaron a nuestros Knicks 😊

Te llamaré otra vez esta noche al celular, querida Akosua.

Besitos.

El primer *e-mail* que envió a Michael, su mejor amigo:

Hola perro. Ya estoy en Ghana. Te dije que necesitaba este paréntesis en mi relación con Susan y aquí estoy, para que veas que no soy solo blablá. Vine con los de *Live Abroad*, me sale más barato que viajar como turista. Pero es también molesto, tenemos que levantar una muralla y pintar aulas. Lo más pesado que levanté en mi vida fue un celular y ahora tengo que transportar mezcla y ando embarrado en pintura barata. Hablando de embarrados, aquí lo están y hasta el cuello con la religión. Cuando les dije que era ateo no lo podían creer, me tomaban a broma, insistieron tanto en saber mi religión que al final tuve que decirles que era católico, solo para que me dejaran en paz.

Ayer jugamos al fútbol. Metí dos golazos de larga distancia y los tipos me bautizaron como Kwabená Arko, significa algo así como "el campeón invencible que va de victoria en victoria". Es como haber domado a Toruck Macto. La gente de aquí es fanática de los equipos ingleses. Puros hinchas del Arsenal, Chelsea y Manchester. Pero no les queda otra, porque sus equipos locales apestan casi tanto como los de la MLS. Sé que por la NBA no van bien las cosas, vi el partido en el que los Cavaliers patearon el culo a los Knicks.

Aquí te adjunto LA FOTO que saqué. Son las nalgas más perfectas del mundo, la redondez y simetría pueden verse y la dureza se puede intuir. Están a punto de saltar de esa falda, no hay ropa interior que pueda contener algo así por mucho tiempo. La forma de estas mujeres son de ensueño: cintura, pechos, nalgas como esculpidos en los sueños de los dibujantes de *hentai*.

Fui a una fiesta que organizó nuestra embajada. Estaba llena de expatriados; también había ghaneses, pero el número de extranjeros era superior. Conocí a una alemana de Frankfurt, una rubia que tiene mucho de la Schiffer en su juventud. No exagero para nada. Está buenísima. Toda la noche entró por mis oídos su inglés con acento alemán. Me parece que hay muy buena onda con ella, nos volveremos a encontrar este sábado en Ryan's, un pub irlandés. Estoy seguro de que voy a llegar al gol.

Te voy a contar el desenlace el domingo, hablemos en el chat de Google, a las 12 GMT. Y haceme acordar de que te cuente del *Night Club Macumba*.

J.

Chat en Gtalk con otro amigo:

Robert: hola Jimmy!

Yo: ey!
cómo vas?

Robert: todo bien, ya estás en África?

Yo: sí, llegué hace 3 días

Robert: Ghana, no?

Yo: sí, en la costa atlántica africana
no lo viste a Michael por aquí?

Robert: no, hace rato que no lo veo, seguramente me bloqueó

Yo: sí, puede ser, ya sabes cómo es
quedamos en encontrarnos hoy para hablar a esta hora
pero no apareció
seguro q sigue con resaca

Robert: es probable
nunca me cayó muy bien
y cómo es la vida por allí?

Yo: interesante y diferente

Robert: ya sabes que me interesa todo aquello de lo que pueda sacar una buena historia

Yo: vos siempre con tus cuentitos, eh?

Robert: hay cosas que ya no cambian
qué te llamó la atención por allí?

Yo: buscá "Akan names" en Wikipedia

Robert: ya estoy abriendo el navegador

Yo: también podés leer esta historia de la mujer-serpiente
<http://goo.gl/HgB0u>
realismo mágico africano

Robert: sorprendente! ☺

Yo: ayer vino un personaje a la casa de la familia donde me hospedo es el hermano del dueño de casa vino huyendo de su pueblo, porque lo querían coronar rey el rey anterior murió y le tocaba a él por línea sucesoria en realidad no hay coronas ni palacios son como los jefes de la tribu

Robert: y por qué no quería ser coronado?

Yo: según lo q me explicaron son demasiadas las responsabilidades y hay cosas de brujería también en las que no se quería meter

Robert: allí creen mucho en la brujería y el vudú, verdad?

Yo: sí, está muy extendido hasta tienen varios campos de refugiados hacia el norte allí confinan a las acusadas de brujería

Robert: apartheid?

Yo: sí, pero solo para brujas es una historia que podés explotar para tus cuentitos

Robert: voy a buscar más información al respecto vos seguís con Susan?

Yo: sí, hablé justamente hoy con ella por teléfono

Robert: ah, ya y el Castillo de la Costa del Cabo ya visitaste?

Yo: el fuerte ese de los esclavos? todavía no, no me interesa mucho, pero seguro que voy a ir por esnob y para subir las fotos al *Facebook*

Robert: genial, voy a estar pendiente de lo que posteas

Yo: dale, Robert

ahora voy a salir, tengo una resaca que me regalaron ayer en el pub irlandés

Robert: qué bueno, tienen uno en Ghana

Yo: me parece q están por muchas partes del mundo

Robert: OK, seguimos en contacto, Jimmy

Yo: suerte, Rob

Segundo e-mail que envió a su amigo Michael:

Perro, no apareciste para hablar en el chat de Google. Acabo de cortar con el nerd de Robert, chateé con él un buen rato mientras te esperaba. Ayer fui al pub irlandés y me encontré con la alemana, estaba allí con unas amigas. Avancé mis piezas sobre el tablero pero encontré una resistencia tal que me hizo pensar que la niña pateaba contra su propio arco.

Fui al baño y cuando salí una de sus amigas estaba esperándome en la puerta. “Jimmy, tengo que contarte algo”, me dijo. Y allí me enteré que su rubia amiga lo que quiere es probar carne local, que todo buena onda conmigo pero que lo suyo era una cuestión cromático-gastronómica. Fue una decepción saber que prefería probar la morcilla. Fui a la barra y ordené muchos tragos.

Bebí hasta la inconciencia. Desperté hace unas horas y a mi lado una diosa africana de apretadas carnes. Saqué la sábana y pude admirarla en su desnudez maravillosa y después sonreí al confirmar que no soy racista en lo más mínimo.

Tengo que contarte esto con lujo de detalles. Espero que hayas abandonado la mala costumbre de tener tu celular siempre en modo Silencio, porque te voy a llamar más tarde, perro.

J.

Lo que escribió en *Twitter*:

En mi TL veo demasiada gente que llora por la derrota de los Knicks. Me sumo :’-(

Es raro que la derrota de los Knicks sea TT, yo ya estoy acostumbrándome.

#FF @carlitosmart #FF

La regla de oro en África: no hay que apurarse. La vida en cámara lenta.

Mi iPhone ya cayó al piso 15 veces y sigue batallando. ¡Gracias, Steve!

No hay lugar como la casa de uno, via @KwasiBadoo

Habría que habilitar un WINZIP para los tro-tros.

Se acerca mi primer fin de semana en África.

Espero no agarrar malaria. ¡Aléjense de mí, dráculas en miniatura!

Mi nombre Akan es Kwabená Arko. ¿Problema?

Esta noche es mi noche. El resultado será como en la Segunda Guerra Mundial.

Meda ase es “gracias” en la lengua local. Ete sen es “¿Cómo estás?” #twi

La mitad de las cosas en Ghana se llaman Nana y la otra mitad Krumah.

Onyame es dios. Hay demasiada religión por estas latitudes.

I just ousted @zenoura as the mayor of Ryan's Pub on @foursquare!

¿Qué sería de nosotros sin estos malditos pubs irlandeses? ¡FTW!

Morcillera. Morcillera. Morcillera. ¡Maldita morcillera! #YaoMingFace

El refrán dice que no hay mal que por bien no venga. Tiene razón ;)

Yo digo NO al racismo ¡Y vos?

Hoy completé en Ghana mi primera semana.

AL JEFE ALGO LE PASA

Hay, en la terminal de Arusha, tres ómnibus a punto de partir. En el interior del que irá a Nairobi, Kwanza piensa en la nueva etapa cuya puerta se dispone a cruzar. Son casi trescientos los kilómetros que separan a la ciudad tanzana de la capital de Kenia. Con este golpe de timón quiere procurarse una vida mejor; Kwanza va allá por trabajo y sabe que es su única alternativa. El cierre de *Bashir Safaris* lo sumó a la estadística de los desempleados y siguió en esa situación por mucho que buscó salir de ella. Cualquier cosa, menos volver a las minas de tanzanita, se dijo. El ómnibus inició el incierto viaje. A través del vidrio, Kwanza vio que la imagen de la terminal se achicaba hasta desaparecer por entero.

—Bien, setenta y siete mil chelines. Correcto. Última cuota, ¿eh?

—Así es, señor Bashir. Finalmente.

—Pagaste muy bien este préstamo vos, ojalá todos mis clientes fueran tan buenos pagadores. Aquí está tu recibo.

—Gracias, señor Bashir.

—Estos son tus pagarés. Si llegás a necesitar otro préstamo, avisame.

—Sí, señor Bashir.

Kwanza trabajaba como guía turístico de *Bashir Safaris*, empresa bautizada con el nombre del dueño, un libanés de tercera generación, ya nacido en Tanzania. Mucho tiempo había transcurrido desde que los libaneses se extendieron por África; vivían sin integrarse a la cultura local, flotaban nada más como una isla en un lago, crecían desdeñosamente como una vegetación parásita, diversificando sus comercios, atentos siempre a las posibilidades de generar riqueza. Suyos eran los supermercados y los *shoppings*, los restaurantes y los cines. Aparte de la empresa de turismo, Bashir, el jefe, se dedicaba a los préstamos, con la consabida fórmula: montos no muy elevados y cuotas con intereses que pesaban como una pierna de elefante. Pocos comerciantes de

Arusha podían jactarse de no haber concurrido a su oficina en busca de una salvadora soga (que a la larga solía ser la de la horca).

Dos eran los guías que empleaba *Bashir Safaris*; eran a la vez choferes y guías turísticos. Los clientes compraban los paquetes por Internet o vía telefónica, el mismo Bashir —cuya tacañería genética le desaconsejaba contratar una secretaria— recibía los pedidos. Cuando el día pactado llegaba, los clientes iban a la oficina, donde uno de los guías era designado para subirlos a la camioneta y encaminarlos al safari fotográfico. Los destinos más populares eran el Parque Nacional Lago Manyara y el cráter del Ngorongoro; aunque nunca faltaba un turista interesado en ver los sitios de donde extraían la tanzanita, esas “piedras de azul belleza”, según el intento poético del folleto de la empresa.

Para Kwanza todo marchaba sobre ruedas, hasta aquella tarde en que el jefe, yendo entre sesenta y ochenta kilómetros por hora, atropelló con su motocicleta una estrambótica pendiente. Como resultado del trance perdió el control, voló del vehículo y terminó con sus huesos entre una arboleda. Iba sin casco y contra el tronco de un baobab se lastimó tan fuerte la cabeza que algún cable se le desconectó en el cerebro. En menos de diez días abandonó el hospital para regresar a la empresa, pero ya nada volvió a ser lo que solía.

- Está bien, firmame estos pagarés.
- Aquí tiene, señor Bashir. Firmados.
- Te cuento que mi corazón dejó de latir el martes pasado.
- ¡No puede ser! ¿Tuvo un paro?
- Así es. Y espero que sepas disculpar este olor desagradable, es que todo mi cuerpo está en putrefacción. Aquí tenés el dinero.
- ¿Eh?... Bueno, señor Bashir, muchas gracias.

Muy pronto, Kwanza se dio cuenta de que a Bashir algo le pasaba. Un día, antes de salir a almorzar le había asegurado que ya no tenía órganos internos, que primero se le había detenido el corazón y que luego, uno por uno, sus órganos se desintegraron. Al jefe algo le pasa, pensó. Mirá cómo se me está estirando y cuarteando la piel, le dijo un

Bashir de brazos extendidos. Después de todo, era el que daba las órdenes y pagaba el salario, así que Kwanza lo miró y asintió sin decir palabra. Pero pensó: si un hombre con dientes saludables mastica con incomodidad, con seguridad hay piedras en la comida. Apenas minutos después de que Bashir saliera, llegó el otro chofer, que había ido a llevar al aeropuerto a una insufrible pareja de turistas franceses. Kwanza compartió su preocupación: al jefe algo le pasa. Le contó entonces lo de la piel estirada y los órganos internos desaparecidos. El otro rió como nunca y dijo que no había que prestarle atención, porque todos los hombres blancos, todos esos *mzungos*, eran siempre “raros y locos”. Todos.

—Según te veo, vos podrás trabajar hasta los cuarenta y cinco años, por lo que te voy a dar el préstamo a quince años de plazo.

—Pero señor Bashir, usted le dio treinta años al peluquero.

—Cierto. Pero es que Salim es muy saludable y su oficio no exige gran esfuerzo físico. Ustedes, los mineros, duran mucho menos.

—Vamos, señor Bashir. Yo siempre cumplí y me retrasé pocas veces.

—Mirá, si fuera por mí te daría toda la eternidad para que me devuelvas el dinero. Pero el *mzungo* no es tonto. Yo te podría cobrar hasta cinco chelines por día porque soy inmortal, lamentablemente vos no y a los muertos no les interesa pagar sus cuotas.

Mucha gente salió a la calle a mirar cuando los de la funeraria bajaron un ataúd en el local de la empresa. Antes de que alguno pensase que Bashir había muerto, se lo vio bajar tranquilamente de la camioneta. No llevaba ya la vestimenta de siempre, iba envuelto en una especie de sábana blanca que lo cubría casi por completo, solo sus extremidades y su cara quedaban al descubierto. La gente extendía el cuello para no perder detalle de lo que pasaba. En un rincón de la oficina de recepción, allí dejaron los empleados de la funeraria el cajón, antes de marcharse.

Los comerciantes que venían a hacer préstamos preguntaban a Bashir para quién era el ataúd, y él les respondía siempre lo mismo: para mí, claro, ¿ven acaso otro muerto por aquí? Cada vez más gente acudía a hacer préstamos y menos a los safaris, motivo por el que los guías estaban todo el día ociosos en la oficina. Corrió la voz de que el usurero libanés se había vuelto loco y estaba prestando dinero en cuotas larguísimas, de

hasta cuarenta años. Al jefe algo le pasa, decía Kwanza y, contrariado, movía la cabeza. Nada le hubiera gustado más que espantar a los que venían a la oficina a prestar dinero. Carroñeros.

—¿Sabés qué?, soy el único culpable de lo que me pasa.

—Pero ¿qué le pasa, señor Bashir?

—Mis manos y piernas se volvieron de vidrio.

—¿Vidrio?

—Sí, fijate.

—Yo lo veo muy flaco, pero no transparente.

—Los muertos no necesitamos comer.

De ser un gran detractor, Bashir se volvió aficionado a los safaris. En el pasado había ido, como mucho, un par de veces, solo para ver qué otras cosas podía vender a los turistas durante los paseos. Ahora ya nadie adquiría los paquetes ofrecidos por la empresa. Un ataúd en la entrada y la mención —vía *e-mail* o teléfono— de órganos en putrefacción tenía ciertamente un gran poder para ahuyentar turistas. A Bashir poco parecía importarle. Cámara al cuello, iba diariamente a Ngorongoro en busca de los cinco grandes de África: león, leopardo, elefante, búfalo y rinoceronte. Llenaba su computador con las imágenes que conseguía, separándolas en carpetas con el nombre del animal principal de cada fotografía. El otro guía comentó a Kwanza que la charla del jefe era en verdad delirante, que le había asegurado que podía “sentir los gusanos bajo su piel”, devorándolo sin pausas. Lo había visto, además, hacerse cortaduras en el brazo con un cuchillo de cocina. Sí, al jefe algo le pasa, decía Kwanza y había preocupación sincera en su rostro.

—Aquí están, Winda. Contalos. Un millón cuatrocientos mil chelines tanzanos.

—Gracias, señor Bashir.

—Bueno, me los tenés que devolver en dieciocho años, con 40% de interés.

—¿Dieciocho años?

—Sí. Vos ya tenés treinta y por lo desnutrida que te veo no creo que llegues con vida a los cincuenta. Pero está bien, al menos todavía estás viva, no como yo.

—Como usted diga, señor Bashir.

—Bueno, ahora te muestro las fotos.

Desde su asiento en el ómnibus, Kwanza miraba pasar el rápido paisaje a través de los cristales. El verdor omnipresente lo transportó a aquel día en que una vez más llevó a su jefe de safari a Ngorongoro. Por alguna razón, había decidido ir siempre con Kwanza, quizá el que nunca se escandalizara demasiado ni respondiera con sorna ante las menciones necrológicas tuviera algo que ver en esa elección. Ese viernes salieron temprano. La charla de Bashir era de inexistencia y de gusanos carnívoros. Kwanza conducía e intentaba desviar el tema de conversación. Una lenta pelea de elefantes proveyó a la cámara fotográfica sus primeras capturas del día. Dos machos adultos entrecruzaban trompas y venablos en una esgrima de alto tonelaje, entre la polvareda blandían sus colmillos como argumentos. Dialéctico marfil. A un costado, la escena era observada por un grupo de siete u ocho animales con forma similar a la de los contendientes; por su belleza resaltaba entre ellos un elefantito que parecía escapado de un tierno cuadro de Tingatinga. Imposible determinar a cuál de los combatientes daban su apoyo.

Luego de una veintena de fotos y contagiado ya de ardor guerrero, el jefe pidió que la camioneta avanzara y se puso a hablar de que era un alma en pena, quejándose además de los muchos inconvenientes que acarrearía el ser tan grande como el universo. Algo se mueve entre estos arbustos, señor Bashir, dijo el hombre al volante. ¡Pero si es solo otro maldito antílope! Avancemos. Llegaron a una zona donde varios leones estaban tirados al sol; algunos de ellos bostezaban, en tanto que otros miraban con odio ancestral a una manada de búfalos que pacía a la distancia. Te voy a probar que un muerto ya no puede morir, dijo el jefe y abrió la puerta para abandonar de súbito la camioneta. Se dirigió con seguridad hacia los felinos, chasqueando los dedos repetidamente, como si llamara a un perro. Al instante, dos leones lo rodearon. Con rabia, contundente, Bashir les gritó su inmortalidad y les enrostró la cobardía de cazar en grupos. El Coliseo Romano transportado en tiempo y espacio. Una vez más el hombre enfrentado a las bestias. Dentelladas, sangre, desgarró, dolor, carne abierta en flor. Poco tardaron los zarpazos en despedazarlo y en teñir de rojo la tela barata de su mortaja. Ante los gritos, solo uno de los búfalos levantó la cabeza con breve curiosidad, para otra vez hundirla en la hierba.

Aterrorizado por el cuadro que veía, Kwanza giró en U y retornó a Arusha, quebrando todas sus marcas de velocidad. Condujo directamente hasta la comisaría y, entre aspavientos y un suajili en ebullición, explicó lo que había presenciado. El horror. La batalla desigual. El absurdo de la muerte y la muerte más absurda. Los policías lo miraron como se mira a un loco, le pidieron que se sentara y una vez que se hubo bebido el vaso de agua, volvieron a oír la historia, más comprensible esta vez. Solo sacaron en limpio que ya nada podía hacerse. Pasados los minutos, un Kwanza más calmado les dijo que fue el primero en darse cuenta de que al jefe algo le pasaba, pudo también contarles de los muchos cambios que se operaron en Bashir desde el accidente, de las cosas que decía y de los préstamos irracionales.

Una persona que había venido a hacer una denuncia oyó por completo la historia y reconoció con claridad el síndrome. Eso es Cotard... dijo despacito y se levantó de un impulso como para comunicar su pensamiento a todos los presentes en la sala. Nunca sabremos con exactitud qué fue lo que lo hizo cambiar de parecer, porque enseguida volvió a tomar asiento y se puso a meditar un rato en su acreedor muerto.

ÍNDICE

<i>Déjà Vu[dú]</i>	4
La lista	10
Una de Nollywood	14
París-Dakar	19
Sepultando a Kweku Mensah	23
Un pecado capital	31
Putas rusas	36
Ruándicas	43
Riqueza interior	50
Fantasmas	55
<i>Passing shot</i>	60
Primera semana	63
Al jefe algo le pasa	71

DATOS DE PUBLICACIÓN

Publicado en diciembre de 2012, por Ediciones Encendidas (Argentina)

ISBN: 978-987-28803-2-3

Publicado en diciembre de 2012, por Ediciones Rubeo (España)

ISBN: 849398657-7

Publicado en diciembre de 2012, por Amazon Digital Services, para Kindle (EEUU)

ASIN: B00B42KBKM

Publicado en setiembre de 2013, por Arandurã Editorial (Paraguay)

ISBN: 978-99967-20-79-6

DATOS BIOGRÁFICOS

Javier Viveros es Ingeniero en Informática y *magister candidate* en Lingüística y Literatura (Universidad Nacional de Asunción). El ejercicio de su profesión lo llevó a trabajar varios años en diversos países de África y América Latina. Ha sido premiado y seleccionado en concursos locales y extranjeros, entre los que cabe destacar el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo 2009, donde su texto "Misterio JFK" fue elegido finalista. En el 2012, una editorial de Tokio tradujo al japonés sus haikus de *En una baldosa* (<http://goo.gl/mcQqQ>). En el 2013, la editorial Alfaguara publicó *Una cama para Mimi*, su primera incursión en la literatura infantil.

Textos suyos integran antologías como la alemana *Neues Vom Fluss*, la argentina *Los chongos de Roa Bastos*, la cubana *Cuentos del Paraguay*, una antología estadounidense de cuentos de fútbol, entre otras. En el rol de editor literario ha recopilado *Punta Karaja*, cuentos paraguayos de fútbol. Escribe además letras para canciones, guiones de historieta, teatro y cine: obtuvo el segundo premio en el Concurso de guiones "Roa cinero" de la Fundación Roa Bastos y los fascículos de *Pólvora y polvo* (con sus guiones e ilustrados por Enzo Pertile y Juan Moreno) fueron galardonados con el Mono de Oro 2013. Es colaborador esporádico del *Correo Semanal* del diario Última Hora. Mantiene un blog: <http://www.javierviveros.com>

BIBLIOGRAFÍA

POESÍA

- Dulce y doliente ayer.
- En una baldosa (*haiku*).
- Mensajeámena (*poemas en SMS*).
- Panambi ku'i (*en guaraní*).

CUENTOS

- La luz marchita.
- Ingenierías del insomnio.
- Urbano, demasiado urbano.
- Manual de esgrima para elefantes.

LITERATURA INFANTIL

- Una cama para Mimi.
- Tana, la campana.
- Alonsí, arquitecto.

ÑE'ËNGA

- Ñe'ënga jarýi.
- Ñe'ënga raity.

GUIONES

- Pólvora y polvo (*historietas*).
- Epopeya (*historietas*).
- Celularis (*teatro*).
- El supremo manuscrito (*cine*).